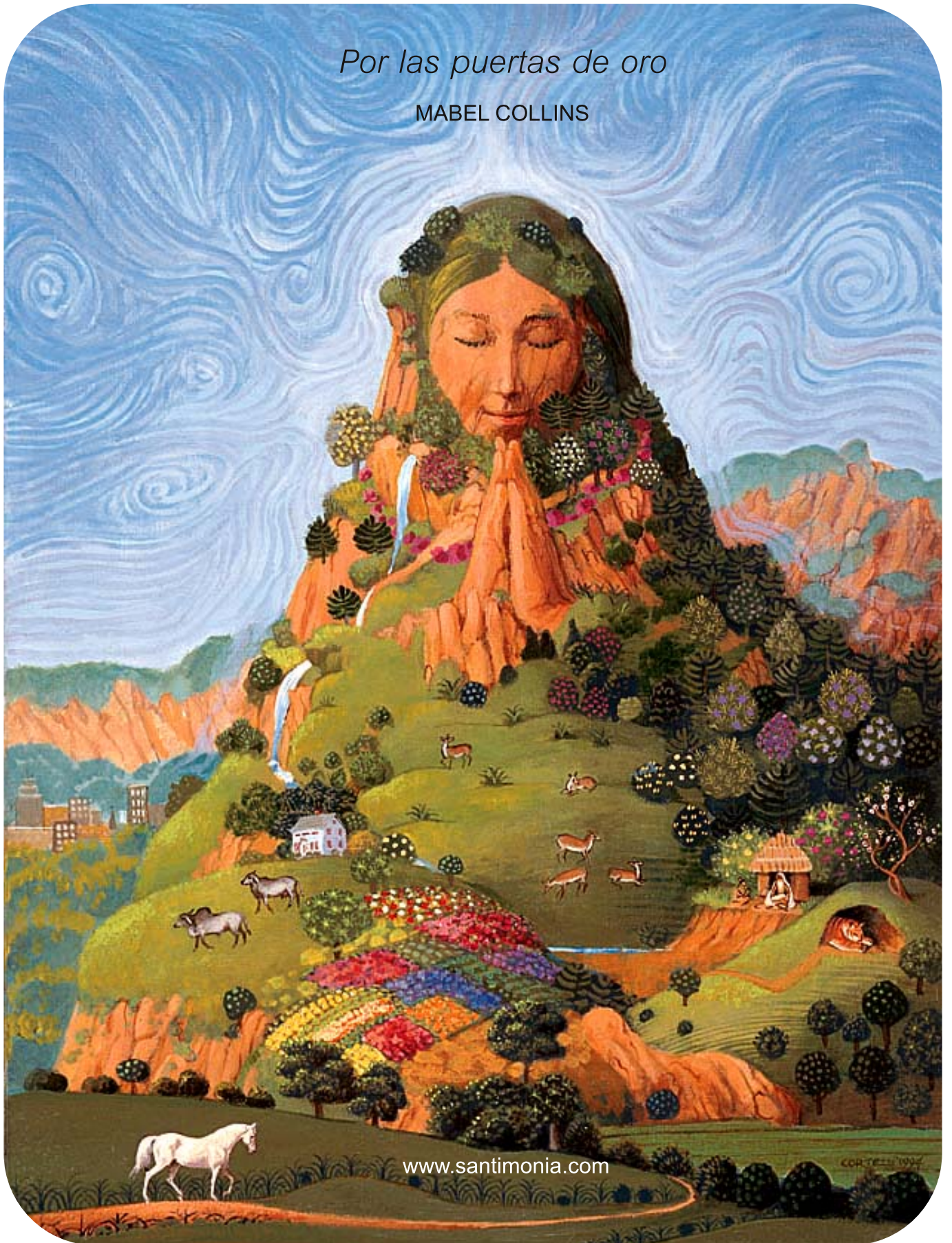


Por las puertas de oro

MABEL COLLINS





Mabel Collins

Estando una vez sola y escribiendo, un visitante misterioso penetró en mi habitación sin anunciarse, y se colocó a mi lado. Me olvidé de preguntarle quién era, o por qué con tal libertad entraba, pues empezó a hablarme de las *Puertas de Oro*. La sabiduría brotaba de sus labios y el fuego de su discurso en mí produjo la fe. He recogido sus palabras; pero ¡Ay! No puedo esperar que el fuego que en ellas ardía brille de igual modo en mi escrito.

M. C.

CONTENIDO

Por las Puertas de Oro, página 4.

Capítulo Primero

La Investigación por Placer, página 5.

Capítulo II

El Misterio de los Umbrales, página 18.

Capítulo III

El Esfuerzo Inicial, página 22.

Capítulo IV

La Significación del Dolor, página 31.

Capítulo V

El Secreto de la Fuerza, página 42.

Epílogo, página 53.

POR LAS PUERTAS DE ORO

Cada hombre posee una filosofía propia acerca de la vida, menos el verdadero filósofo. El más ignorante de los aldeanos concibe algo de lo que constituye el objeto de su vida, y tiene ideas definidas en cuanto al procedimiento más o menos conveniente para lograr aquel objeto. El hombre de mundo es con frecuencia e inconscientemente un filósofo de primer orden. Posee durante su vida principios del más claro carácter, y no consiente en que su posición sea destrozada por los reveses de la fortuna. El hombre de inteligencia y de imaginación posee menos certeza, y continuamente se encuentra incapaz de formular sus ideas acerca de aquello que más profundamente interesa a la naturaleza humana: la vida del hombre. El verdadero filósofo es aquel que no pone objeción alguna y que admite por completo que el misterio de la vida es inaccesible al pensamiento ordinario, del mismo modo que el verdadero sabio confiesa su completa ignorancia acerca de los principios que tras de la ciencia se ocultan.

Si existe algún modo de pensar, o de algún esfuerzo de la mente que permita al hombre apoderarse de los grandes principios que como causas existen en la vida humana, es una cuestión que ningún pensador ordinario puede resolver. A pesar de todo, el vago presentimiento de que los efectos que percibimos son debidos a una causa, de que existe un orden regulando el caos, y una sublime armonía que penetra al través de lo discorde, domina a las ardientes almas de la tierra, y hace que anhelan por la visión de lo invisible, por conocer lo incognoscible.

¿Por qué ansiar y buscar aquello que está por completo fuera de alcance, mientras los sentidos interiores permanecen dormidos?. ¿Por qué no reunir los fragmentos que tenemos a mano, y ver si por medio de ellos podemos dar alguna forma a aquella confusión inmensa?.

CAPITULO PRIMERO

LA INVESTIGACIÓN POR PLACER

I

Todos conocemos aquel algo misterioso y severo al que llamamos miseria, que al hombre persigue, y de un modo bastante extraño, como a primera vista parece, no le persigue vaga e inciertamente, sino con pertinacia positiva e inquebrantable. Su presencia no es en absoluto continua, pues de otro modo dejaría el hombre de vivir; pero su pertinacia no cesa en manera alguna. Siempre el sombrío fantasma de la desesperación permanece detrás del hombre, pronto a tocarle con su dedo terrible, tan pronto como hace demasiado tiempo que es feliz. ¿Quién le ha dado a este horrible espectro el derecho de vagar en torno nuestro desde que nacemos hasta que morimos?. ¿Quién le ha dado el derecho de permanecer siempre a nuestra puerta, manteniéndola entreabierta con su mano impalpable y a pesar de esto horrible, pronto a entrar en el momento oportuno?. El filósofo más grande de todos los que han vivido sucumbe al fin ante la misma; y únicamente es filósofo, en el verdadero sentido de la palabra, el que reconoce el hecho de que es irresistible, y sabe que, lo mismo que todos los demás hombres, debe sufrir más o menos tarde. El dolor y la miseria constituyen una parte de la herencia de los hombres; y aquel que presume que nada podrá hacerle sufrir, lo único que hace es revestirse de un egoísmo frío y profundo. Esta vestidura podrá protegerle contra el dolor; pero también lo separará del placer. Si la paz puede encontrarse sobre la tierra, o alguna alegría existe en la vida, no puede ser cerrando las puertas del sentimiento, que nos admiten a la porción más elevada y más vívida de nuestra existencia. La sensación, tal como la obtenemos por medio del cuerpo físico, nos proporciona todo aquello que nos induce a vivir en aquella forma. Es inconcebible que ningún hombre quisiese tomarse el trabajo de respirar, a menos que el acto llevase consigo un sentimiento de satisfacción. Lo mismo sucede respecto de cada una de las acciones en todos los instantes de nuestra vida; vivimos porque hasta en la misma sensación de dolor existe el placer. Sensación es lo que nosotros deseamos. De otra manera probaríamos de común acuerdo las aguas profundas

del olvido, y se extinguiría la raza humana. Si esto sucede con la vida física, lo mismo tiene lugar con la vida de las emociones, la imaginación, la sensibilidad, que todas aquellas exquisitas y delicadas formaciones que con el maravilloso mecanismo registrador del cerebro constituyen el sutil hombre interno. Para ellos el placer reside en la sensación; y una serie infinita de sensaciones es para ellos la vida. Destrúyase la sensación que hace que deseen el perseverar en la experiencia de la vida, y nada se ha adelantado. Por esta razón el hombre que intenta obliterar la sensación del dolor, y que se propone mantenerse en el mismo estado, tanto si sufre como si goza, hiere la raíz misma de la vida, y destruye el objeto de su propia existencia. Debe esto aplicarse lo más completamente que nuestros poderes actuales razonadores e intuitivos nos lo permitan, a cada estado, hasta a aquel de Nirvana ansiado por los Orientales. Esta condición puede únicamente ser una dotada de sensaciones infinitamente más sutiles y exquisitas, si es después de todo, un estado y no anihilación: y en armonía con la experiencia de vida acerca de la cual somos en la actualidad capaces de juzgar, aumento en la sutileza de la sensación significa vitalidad acrecentada; como por ejemplo, un hombre sensible y de imaginación siente más a consecuencia de la infidelidad o fidelidad de un amigo, que lo que puede sentir un hombre de la más grosera naturaleza física por medio de los sentidos. Claro es, por lo tanto, que el filósofo que rehúsa sentir, no se reserva lugar alguno de refugio; ni siquiera el distante e inaccesible Nirvana. Puede únicamente negarse a sí mismo su herencia de vida, lo cual es, en otras palabras, el derecho de sensación. Si prefiere sacrificar todo aquello que hace de él un hombre, debe contentarse con una mera pereza de conciencia, lo cual es una condición que si con ella comparamos la vida de la ostra, es ésta una vida activa.

Pero ningún hombre es capaz de llevar a efecto un hecho tal. Su existencia continuada prueba plenamente que él todavía desea sensación, y la desea tan positiva y activamente, que el deseo debe ser complacido en la vida física. Sería más práctico no engañarse a sí mismo con la falsedad del estoicismo, no intentar renunciar a aquello de lo cual nada le induce a uno a separarse. ¿No sería una conducta mucho más intrépida, una manera de resolver el gran enigma de la existencia, abrazarse a él, retenerlo con firmeza, y preguntarle el misterio de sí mismo?. Si los hombres quisiesen tan sólo detenerse, y considerar las lecciones que el placer y el dolor les han enseñado, mucho podría conjeturarse de aquella cosa extraña que causa estos efectos. Pero los hombres se apresuran a apartarse de todo cuanto pueda conducirles al estudio de sí mismos o de cualquier

minucioso análisis de la naturaleza humana. A pesar de todo, debe existir una ciencia de vida tan inteligible como cualquiera de los métodos que en las escuelas se emplean; la ciencia es desconocida, es verdadera, y su existencia es meramente conjeturada, meramente sospechada por uno o dos de nuestros más avanzados pensadores. El desarrollo de una ciencia es únicamente el descubrimiento de lo que a existe; y tan mágica e increíble es en la actualidad la química para el mozo de labranza, como lo es la ciencia de la vida para el hombre de ordinarias percepciones. A pesar de todo, puede y debe existir un iluminado que perciba el crecimiento de la nueva ciencia del mismo modo que los primeros y torpes experimentadores en los trabajos de laboratorio ven el sistema de los conocimientos en la actualidad obtenidos, desenvolviéndose por sí mismos del seno de la naturaleza, para el uso y beneficio del hombre.

II

Es indudable que muchos más de los que lo hacen recurrirían al suicidio con el objeto de librarse de la carga de la vida, si pudiesen convencerse que de aquel modo puede lograrse el olvido. Pero aquel que duda antes de apurar el veneno por miedo de cambiar únicamente de modo de existencia, y de encontrarse quizás sujeto a una más activa forma de miseria, es un hombre de más conocimiento que las almas temerarias que de un modo salvaje se arrojan en el seno de lo desconocido, esperando sus favores. Las aguas del olvido son algo por completo distinto de las aguas de la muerte, y la raza humana no puede extinguirse por medio de la muerte mientras la ley de nacimiento obre. El hombre vuelve a la vida física, del mismo modo que el bebedor vuelve a la botella de vino; él no sabe el porqué, sabe únicamente que desea la sensación producida por la vida, como el bebedor desea la sensación por el vino originada. Las verdaderas aguas del olvido existen lejos, tras de nuestra conciencia, y pueden únicamente ser alcanzadas cesando de existir en aquella conciencia, haciendo cesar el ejercicio de la voluntad que nos llena de sentidos y de sensibilidades.

¿Por que no vuelve la criatura hombre a aquella grande y silenciosa matriz de la cual vino, y permanece en ella en paz como el niño no nacido que goza de la misma antes de que los ímpetus de la vida le hayan alcanzado?. No lo hace porque su sed por el placer y el dolor, por la alegría y la tristeza, por el amor y la cólera, se lo impiden. El hombre desgraciado sostendrá que no tiene el menor apego a la vida; y a pesar de esto, prueba la falsedad de sus palabras

viviendo. Nadie le obliga a vivir; el galeote puede permanecer encadenado a su remo, pero su vida no puede ser encadenada a su cuerpo. El soberbio mecanismo del cuerpo humano es tan inútil como una máquina cuyos fuegos están apagados, si la voluntad de vivir cesa; voluntad que mantenemos resuelta y continuamente, y que nos conduce a cosas, que de otro modo, el verificarlas nos llenaría de desaliento, como, por ejemplo, el momento de la inspiración y el de la expiración. Esfuerzos hercúleos tales como éstos los soportamos sin quejarnos, y a la verdad con placer, con tal de que podamos existir en medio de sensaciones innumerables.

Y más todavía: la mayor parte de nosotros nos contentamos con ir hacia adelante sin objeto, sin designio, sin la menor idea de un motivo, sin comprender qué camino es el que estamos recorriendo. Cuando por vez primera el hombre viene en conocimiento de esta falta absoluta de objeto, y se convence profundamente de que está trabajando con grandes y constantes esfuerzos, y sin ninguna idea respecto del fin hacia el que sin esfuerzo se dirige, entonces descende sobre él la miseria del siglo diecinueve, la miseria actual. Se encuentra perdido, descarriado, y para él no hay esperanza. Se convierte en escéptico, la desilusión y el aburrimiento se apoderan de él y, hace la pregunta en apariencia incontestable: de si después de todo, merece la pena el tomarse el trabajo de respirar, ante tales resultados desconocidos e incognoscibles al parecer. Pero ¿Son incognoscibles semejantes resultados?. Por lo menos, para preguntar algo de menor importancia, ¿Es imposible hacer una conjetura respecto de la dirección en la cual nuestro fin existe?.

III

Esta pregunta, hija de la tristeza y del aburrimiento, que nos parecen constituir una parte esencial del espíritu del siglo en que vivimos, es de hecho una cuestión que debe haber sido entablada en todas épocas. Si con la inteligencia nos dirigimos hacia atrás, al través de la historia, sin duda alguna encontraremos .que ha sido hecha siempre cuando la flor de la civilización se había abierto por completo, y cuando sus pétalos con dificultad se mantenían unidos. La porción natural del hombre ha alcanzado entonces su mayor altura; ha llevado rodando la piedra hasta la cumbre del monte de la dificultad, sólo para contemplarla rodar de nuevo hacia abajo, en cuanto ha alcanzado la cima, como en Egipto, en Roma, en Grecia. ¿Por qué este trabajo inútil?. ¿No es suficiente para producir un desaliento y un malestar imposibles de

describir, el estar siempre llevando a cabo un trabajo, sólo para verlo destruido?. Después de todo, esto es lo que el hombre ha hecho al través de toda la historia todo lo lejos que nuestros limitados conocimientos pueden alcanzar. Una cima existe a la cual llega por medio de inmensos y colectivos esfuerzos, y en la cual resplandece la más brillante eflorescencia de todas las cualidades intelectuales, mentales y materiales de su naturaleza. El colmo de la perfección sensual es alcanzado. Y entonces su energía se debilita, su poder disminuye y desciende al través del desaliento y de la saciedad hasta la barbarie. ¿Por qué no permanece en la cumbre de la montaña a la cual ha llegado, y mirando los lejanos montes no se resuelve a escalar sus mayores alturas?. Porque es ignorante, y viendo un gran resplandor a distancia, baja sus ojos deslumbrados, y vuelve atrás para continuar en la sombría pendiente de su montaña familiar. Todavía ha existido y existe alguno suficientemente decidido para mirar sin bajar los ojos y para descifrar algo de lo que en el mismo se oculta. Poetas y filósofos, pensadores y maestros, todos aquellos que son los “hermanos mayores de la raza”, han gozado de esta vista de tiempo en tiempo, y algunos de ellos han reconocido en el resplandor confuso, el contorno de las Puertas de Oro.

Estas puertas nos admiten al santuario de la misma naturaleza del hombre, al lugar de donde su vida y poder procede, y en donde él es sacerdote del santuario de la vida. Que es posible entrar, que es posible pasar al través de estas puertas, uno o dos nos lo han demostrado. Platón, Shakespeare, y unos pocos fuertes mas, han pasado por ellas, y en enigmático lenguaje nos han hablado de las cercanías de las mismas. Cuando el hombre fuerte ha cruzado el umbral, ya no se dice nada más a los que al otro lado permanecen. Y hasta las palabras que pronuncia cuando todavía por ellas no ha pasado, están tan llenas de misterio, que únicamente los que siguen sus pasos pueden ver brillar la luz en las mismas.

IV

Lo que los hombres desean es saber cómo cambiar el dolor por el placer; o lo que es lo mismo, encontrar por medio de qué procedimiento puede regularse la conciencia, con objeto de que la sensación más agradable sea la que se experimente. Si puede esto descubrirse por el esfuerzo del pensamiento humano, es por lo menos una cuestión digna de tenerse en cuenta.

Si la mente del hombre permanece fija en algún asunto determinado con la concentración suficiente, obtiene la iluminación con respecto al mismo, más pronto o más tarde. El individuo en quien la iluminación aparece, es llamado un genio, un inventor, un inspirado. Pero él es únicamente la síntesis de una grande obra mental verificada en tomo suyo por hombres desconocidos, de los cuales algunos están separados de él por grandes distancias; sin ellos hubiera carecido del material necesario para su empresa. Del mismo modo el poeta necesita el alimento de innumerables poetastros.

Él es la esencia del poder poético de su tiempo y de los tiempos anteriores a él. Es imposible separar un individuo de cualquier especie, de sus congéneres.

Por lo tanto, si en lugar de aceptar lo desconocido como incognoscible, los hombres, de común acuerdo, a él dirigiesen sus pensamientos, estas Puertas de Oro no permanecerían tan inexorablemente cerradas. Sólo se necesita una mano fuerte para empujarlas y abrirlas. El valor para entrar en ellas, es el mismo que se necesita para penetrar en lo más secreto de la propia naturaleza de uno, sin miedo ni vacilación. En la más delicada porción, la esencia, el perfume del hombre, se encuentra la llave con la cual estas grandes puertas se abren. Y una vez abiertas, ¿Qué es lo que allí se encuentra?. Voces existen aquí y allí, que en medio del largo silencio de los siglos, a la pregunta contestan; todos los que por ellas han pasado han dejado tras de sí palabras a manera de legados para los que son como ellos. En estas palabras podemos encontrar definidas algunas indicaciones acerca de lo que se ve más allá de las puertas. Pero únicamente aquellos que desean emprender este camino pueden leer el significado oculto que tras de las palabras se esconde. Los sabios, o, mejor dicho, los comentadores, leen los sagrados libros de diferentes naciones, los de poesía y de filosofía, debidos a encumbradas inteligencias, y en ellos únicamente encuentran mero materialismo. La imaginación, glorificando las leyendas de la naturaleza, o exagerando las posibilidades psíquicas del hombre, les explica todo cuanto ellos encuentran en las biblias de la humanidad.

Todo cuanto existe en las palabras de estos libros, existe en cada uno de nosotros y es imposible encontrar, tanto en la literatura, como en cualquiera de las direcciones en que la inteligencia se lance, lo que no existe en el hombre que estudia. Esto es, por supuesto, un hecho evidente conocido por todos los

verdaderos estudiantes. Pero tiene que ser especialmente recordado, con referencia a este asunto oscuro y profundo, desde el momento en que con tanta facilidad creen los hombres que nada para los demás puede existir; allí donde encuentran ellos el vacío únicamente.

De una cosa pronto se apercibe el hombre que lee. Todos los que se han adelantado, no han encontrado que las Puertas de Oro conduzcan al olvido. Al contrario, en cuanto el umbral de las mismas se ha cruzado por vez primera la sensación es real. Pero pertenece a un nuevo orden, a un orden desconocido para nosotros en la actualidad, y que no podemos apreciar sin que, por lo menos, poseamos alguna indicación respecto de su carácter. Esta indicación puede indudablemente ser obtenida por cualquier estudiante que se familiarice con toda la literatura que para nosotros es accesible. Los libros y manuscritos místicos existen, pero permanecen inaccesibles, sencillamente porque no existe hombre alguno en disposición de leer la primera página de cualquiera de ellos que no se convenza como los que han estudiado el asunto suficientemente. Debe existir una línea continua al través de estos conocimientos; vemos nosotros pasar de la más densa ignorancia a la sabiduría; es natural únicamente que podamos obtener el conocimiento intuitivo y la inspiración. Algunos escasos fragmentos poseemos de estos grandes dones del hombre; ¿En dónde, pues, está el todo del cual deben ellos constituir una parte?. Escondido tras el sutil y, al parecer, infranqueable velo, que lo oculta de nosotros, como oculta toda ciencia, todo arte, todos los poderes del hombre, hasta que éste tiene el valor suficiente para rasgarlo. Este valor procede únicamente de la convicción. Una vez que un hombre cree que aquello que desea existe, tratará de obtenerlo a toda costa. La dificultad en este caso estriba en la incredulidad del hombre. Es necesario mucho tiempo y gran concentración del pensamiento para poderse lanzar en dirección de la región desconocida de la naturaleza del hombre, con objeto de que las puertas puedan abrirse y ser sus gloriosas perspectivas exploradas.

Que merece la pena de hacerse esto, suceda lo que suceda, todo debe conducirlo a creerlo al que ha hecho la triste pregunta del siglo corriente... ¿Es la vida digna de vivirse?. Seguramente es lo suficiente para incitar al hombre a un nuevo esfuerzo la sospecha de que más allá de la civilización, más allá de la cultura mental, más allá del arte y de la perfección mecánica, existe algo nuevo, otro vestíbulo que nos admite a las realidades de la vida.

V

Cuando parece como si el fin hubiese sido alcanzado, el designio logrado, y que el hombre no tiene ya nada más que hacer, justamente entonces, cuando parece que lo mejor para él es comer, beber y vivir a sus anchas, a manera de las bestias, y sumido en el mortal escepticismo, entonces, de hecho, si mirar quisiese tan sólo, las Puertas de Oro ante él están. Con la cultura del siglo en su interior, y habiéndose perfectamente asimilado que él es una encarnación de la misma, entonces está en disposición de intentar el gran paso, que a pesar de ser en absoluto posible; es intentado por tan pocos, aun entre aquellos que pueden hacerlo. Es intentado tan raras veces, en parte a causa de las profundas dificultades que le rodean, pero mucho más influye en lo mismo el que no se convenza el hombre de que ésta es la dirección, en la actualidad, en la que la satisfacción y el placer tienen que ser obtenidos.

Cada individuo se siente atraído por ciertos placeres; cada uno de los hombres conoce que en una o en otra especie de sensación encuentra sus mayores delicias. Y naturalmente, durante su vida, a ella de un modo sistemático se dirige no de otra manera el girasol hacia el sol se vuelve, y el lirio sobre el agua se inclina. Pero está luchando continuamente con un hecho terrible que oprime su alma, o sea que tan pronto como ha obtenido su placer, lo pierde, y una vez más tiene que andar en su busca. Más que esto, jamás en la actualidad lo alcanza, porque en el momento final le escapa. Le sucede esto, porque procura coger lo que es impalpable, y satisfacer la sed de su alma con la sensación, por medio del contacto de los objetos externos. ¿Cómo puede lo que es exterior satisfacer, o tan siquiera gustar, al hombre interno, que es el que reina en el interior, y que no tiene ojos para la materia, ni manos para tocar los objetos, ni sentidos con los cuales enterarse de lo que fuera de sus mágicas paredes existe?. Aquellas encantadas barreras que le rodean carecen de límites, porque está en todas partes; debe ser descubierto en todas las cosas vivientes, y no puede concebirse sin él ninguna parte del universo, si éste es considerado como un todo coherente. Si desde el principio no se concede lo anterior, es completamente inútil el considerar la cuestión de la vida. A la verdad, la vida carece de significación, a menos de ser universal y coherente y a menos que sostengamos nuestra existencia a causa del hecho de que somos una parte de aquello que es; no por razón de nuestra propia existencia.

Este es uno de los más importantes factores en el desenvolvimiento del hombre, el reconocer el profundo y completo reconocimiento de la ley de universal unidad y coherencia. La separación que existe entre los individuos, entre los mundos, entre los diversos polos del universo y de la vida, la fantasía mental y física llamada espacio, es una pesadilla de la imaginación humana. Que las pesadillas existen, y que existen sólo para atormentar, no hay niño que no lo sepa, y lo que necesitamos es la facultad de distinguir entre la tan fantasmagoría del cerebro que a nosotros únicamente concierne, y la fantasmagoría de la vida diaria, en la cual otros también están interesados. Esta regla se aplica también al caso más amplio. A nadie importa más que a nosotros mismos el que vivamos en medio de una pesadilla de horror ilusorio, y que nos imaginemos solos en el universo, y capaces de acción independiente, durante tan largo tiempo como nuestros asociados son sólo aquellos que constituyen una parte del sueño. Pero cuando deseamos hablar con aquellos que han llegado a las Puertas de Oro y, empujándolas, las han abierto, es entonces de todo punto necesario, de hecho es esencial, el distinguir y no llevar a nuestra vida las confusiones de nuestro sueño. Si esto último hacemos, somos tenidos por locos, y nos hundimos en las tinieblas en donde no existe más amigo que el caos. Este caos ha venido a continuación de cada uno de los esfuerzos del hombre que la historia registra; después que la civilización ha reinado, la flor cae y muere, el invierno y la oscuridad la destruyen. Mientras el hombre rehúse hacer el esfuerzo de distinción que le permitiría distinguir entre las formas nocturnas y las activas figuras del día, debe esto suceder inevitablemente.

Pero si el hombre tiene el valor para resistir a esta tendencia reaccionaria, y permaneciendo firme en la altura a la cual ha llegado, adelanta su pie para dar otro paso, ¿Por qué no ha de poder encontrar lo que busca?. Nada existe que le dé a uno motivo para suponer que el sendero termina en un cierto punto, excepto la tradición que así lo ha dicho, lo cual los hombres han aceptado y abrazado como una justificación para su indolencia.

VI

La indolencia es de hecho la maldición del hombre. Así como el labrador irlandés y el gitano cosmopolita viven en la pobreza y en la miseria a causa de su completa ociosidad, del mismo modo el hombre de mundo vive contento por la misma razón, en medio de los placeres sensuales. El beber

vinos delicados, comer manjares exquisitos, el amor de colores y de sonidos brillantes, de hermosas mujeres, y de magníficos objetos en torno suyo, todo esto, para el hombre cultivado, ni tiene más importancia ni es más satisfactorio como motivo final de goce, que lo que son las groserías, diversiones y placeres del mozo de labranza, para el hombre no cultivado.

No puede existir el punto final, porque la vida en cada una de sus formas es sólo una vasta serie de delicadas gradaciones, y el hombre que decide permanecer inmóvil en el punto de cultura que ha alcanzado, y confiesa que no puede ir más lejos, hace sencillamente una arbitraria afirmación para excusar su indolencia.

Existe, por supuesto, la posibilidad de declarar que el gitano vive contento en medio de su pobreza y suciedad, y que, por lo tanto, es tan grande hombre como el más perfectamente cultivado. Pero él únicamente es así mientras permanece en la ignorancia; en el momento en que la luz penetra en la oscura inteligencia, el hombre por completo a ella se vuelve. Así sucede en la más elevada plataforma, sólo que la dificultad de penetrar en la mente, de admitir la luz, es mucho mayor. El labrador irlandés ama su aguardiente, y mientras pueda tenerlo, para nada se preocupa de las grandes leyes de moralidad y de religión, que se supone gobiernan a la humanidad e inducen a los hombres a vivir con templanza. El gastrónomo culto, se ocupa únicamente de sutiles sabores y de exquisitos perfumes; pero está tan ciego como el simple rústico respecto del hecho de que existe algo más allá de semejantes gratificaciones. A manera del labrador, permanece engañado por un espejismo que oprime su alma, e imagina, una vez obtenido un placer sensual, en el que se deleita, que puede obtener la satisfacción suprema gracias a una interminable repetición, con lo cual por fin es presa de la demencia. El bouquet del vino que le deleita, penetra en su alma y la envenena, no le deja más pensamientos que los que al deseo sensual se refieren, y se encuentra en la misma situación desesperada que el hombre que muere loco o a causa de la embriaguez. ¿Qué beneficio ha obtenido, el bebedor, de su demencia?. Ninguno; el dolor ha devorado, por fin, completamente al placer, y la muerte avanza para terminar la agonía. El hombre sufre el castigo final por su persistente ignorancia de una ley de la naturaleza, tan inexorable como la de la gravitación; una ley que prohíbe al hombre permanecer inmóvil. Ni siquiera dos veces la misma copa de placer puede gustarse; la segunda vez debe contener un grano de veneno o una gota del elixir de vida.

El mismo argumento conserva su fuerza en lo que a los placeres intelectuales se refiere; la misma ley opera. Vemos a hombres que, en cuanto a inteligencia, son la flor de su época, que van mucho más lejos que sus hermanos, que a manera de torres sobresalen entre ellos, son arrastrados al fin por la rueda fatal, girar sobre la misma, a manera de ardillas, cediendo a la indolencia innata del alma, y empezando a engañarse a si mismos con el solaz de la repetición. Entonces viene la debilidad y la falta de vida, aquel estado infeliz y engañoso en el cual con demasiada frecuencia grandes hombres entran, justamente cuando la mitad de su vida ha transcurrido. El fuego de la juventud, el vigor de la joven inteligencia, vence la inercia interna, y hace que el hombre escale alturas de pensamiento y llene sus pulmones mentales con el aire libre de las montañas. Pero entonces, al fin la reacción física de él se apodera; el mecanismo físico del cerebro pierde sus ímpetus poderosos, y empiezan sus esfuerzos a debilitarse, sencillamente porque la juventud del cuerpo tiene un fin. Entonces es el hombre asaltado por el gran tentador de la raza, que siempre en acecho permanece junto a la escala de la vida, pronto a lanzarse sobre aquellos que a tales alturas llegan. Vierte la envenenada gota en su oído, y desde aquel momento la conciencia toda se convierte en estupidez, y queda el hombre aterrorizado recelando que para él la vida va perdiendo sus posibilidades. Se lanza hacia atrás a un campo de experiencia familiar, y allí encuentra alivio tocando la bien conocida cuerda de la pasión o emoción. Y muchos, por desgracia, habiendo hecho esto, dilatan asustados el lanzarse a lo desconocido, y se contentan con hacer sonar continuamente aquella cuerda que con más facilidad responde. Gracias a esto, conservan la seguridad de que la vida todavía arde en su interior. Pero por fin su destino es el mismo que el del gastrónomo y el del bebedor. El poder del hechizo va siendo menor de día en día, a medida que el mecanismo sensitivo va perdiendo su vitalidad; y pretende el hombre resucitar el fervor y excitación antiguos, haciendo con más violencias sonar la nota, abrazándose más estrechamente a aquello que le hace sentir, apurando hasta las heces la copa envenenada. Entonces está perdido; la locura se apodera de su alma, del mismo modo que hace presa de cuerpo del borracho. La vida no tiene ya para él significación alguna, y ferozmente se lanza en los abismos de la demencia intelectual. El menos importante de los hombres que corneta esta gran locura, arrastra los espíritus de los demás por una triste adhesión a un familiar pensamiento, por un abrazo persistente a la rueda de molino que asegura él ser el objetivo final. La nube que le rodea, es tan fatal como la muerte misma, y los hombres, que una vez se postraron a sus

pies, se apartan de él apesadumbrados, y tienen que mirar atrás, tener presentes sus primitivas palabras si quieren recordar su grandeza.

VII

¿Cuál es el remedio para esta miseria y para este consumo de esfuerzos?. ¿Existe alguno?. Con seguridad la vida posee una lógica en sí misma, y una ley que hace la existencia posible. De otro modo el caos y la locura constituirían el único estado a que se podría llegar.

Cuando un hombre por primera vez bebe su copa de placer, su alma queda llena de indescriptible gozo, que causa una sensación primera y nueva. La gota de veneno que vierte en la segunda copa, si persiste en aquella locura, es doblada y triplicada hasta que, por fin, la copa entera es veneno, el cual es el ignorante deseo de repetición e intensificación. Esto evidentemente significa muerte, según de la analogía se deduce. El niño se convierte en hombre; no puede retener su niñez y repetir y aumentar los placeres de la misma, a menos de pagar el precio inevitable y de convertirse en un idiota. La planta clava sus raíces en la tierra y lanza al aire sus verdes hojas; florece después y fructifica. La planta que únicamente echa raíces u hojas, deteniéndose con persistencia en su desarrollo, se considera por el jardinero como una cosa inútil, y debe ser arrancada.

El hombre que escoge el camino del esfuerzo, y rehúsa ceder al sueño de la indolencia permitiendo que ésta endurezca su alma, encuentra en sus placeres un nuevo y más delicado goce cada vez que los experimenta; una cierta cosa sutil e indefinible que los levanta más y más de aquel estado en que la mera sensualidad domina; esta ciencia sutil es aquel elixir de vida que hace al hombre inmortal. El que lo prueba, y no quiere beber a menos que la copa lo contenga, encuentra la vida más grande, y el mundo crece ante sus ojos ardientes. Reconoce el alma en la mujer a la cual ama, y la pasión se convierte en paz; él ve en lo interior de su pensamiento las más delicadas cualidades de la verdad espiritual, la cual está fuera de la acción de nuestro mecanismo mental, y entonces, en lugar de entrar en el remolino confuso de los intelectualismos, permanece sobre el dorso vasto del águila de la intuición y se cierne en el aire sutil, en donde los grandes poetas su intuición encuentran. Él ve en su propio poder de sensación, de placer en el aire fresco y en la luz del sol, en la comida y en el vino, en el movimiento y en el reposo, las posibilidades del hombre etéreo, de aquello que no muere ni con

el cuerpo ni con el cerebro. En los placeres que el arte proporciona, en la música, en la luz, en la belleza; en estas formas que los hombres repiten hasta que sólo encuentran las formas, ve él la gloria de las Puertas de Oro, y pasa al través de las mismas para encontrar la vida nueva que tras de ellas existe, y que embriaga y fortalece, del mismo modo que el aire puro de la montaña fortalece y embriaga gracias a su vigor. Pero si ha ido vertiendo gota a gota, y cada vez mas, el elixir de vida en su copa, es ya lo suficientemente fuerte para respirar este aire intenso, para vivir en él. Entonces, sea que muera, sea que viva en forma física, del mismo modo avanza, y con nuevos y más delicados goces se encuentra, experiencias más satisfactorias y perfectas se le presentan a cada bocanada de este aire purísimo que aspira.

CAPITULO II

EL MISTERIO DE LOS UMBRALES

I

No cabe la menor duda de que, al entrar en una nueva fase de la vida, algo debe abandonarse. En cuanto el niño se ha hecho hombre, arroja las cosas propias de la infancia. San Pablo da muestras en estas palabras, así como en muchas otras que nos ha dejado, de que había él gustado el elixir de vida, y que estaba en camino hacia las Puertas de Oro. Con cada gota del licor divino que en la copa del placer se vierte, algo es lanzado de aquélla, para hacer lugar a la mágica gota. Porque la naturaleza es pródiga para con sus hijos, y la copa del hombre siempre está llena hasta los bordes. Y si él prefiere saborear aquella esencia sutil que da la vida, debe arrojar algo de lo que en sí mismo es más grosero y menos sensible. Debe hacerse esto diariamente, a todas horas, en cada momento, con objeto de que el licor de vida aumente constantemente. Y para hacerlo de un modo inflexible, debe el hombre ser su propio maestro, debe reconocer que siempre tocante a sabiduría nada posee, debe estar pronto a practicar cualquier clase de austeridades, y a emplear resueltamente contra sí mismo su vara de abedul con objeto de alcanzar la meta. Es evidente para cualquiera que seriamente considera el asunto, que únicamente un hombre que en sí mismo posea los poderes del voluptuoso y los del estoico, tiene alguna probabilidad de entrar en las Puertas de Oro. Debe ser capaz de experimentar y apreciar con su más delicada fracción, cada uno de los placeres que puede proporcionar la existencia; y al mismo tiempo poder negarse a sí mismo toda clase de goces, sin que la denegación le cause sufrimiento alguno. En cuanto ha verificado el desarrollo de esta doble posibilidad, entonces está en disposición de verificar una separación en sus placeres, y de arrojar fuera de su conciencia todos los que en absoluto al hombre de barro pertenecen. Una vez desechados todos éstos, allí e inmediatamente vienen los más refinados goces que deben experimentarse. La participación de los mismos que permitirá al hombre encontrar la esencia de vida, no es el método que el filósofo estoico emplea. No concede el estoico que en el placer exista la alegría, y negándose a sí mismo el uno, pierde la otra. Pero el verdadero

filósofo que por sí mismo ha estudiado la vida, sin estar limitado por ningún sistema de pensamiento, ve que bajo la cáscara existe la almendra, y que en lugar de aplastar por completo la nuez, como el hombre grosero que con indiferencia va a comerla, la esencia de la cosa es obtenida, rompiendo la cáscara y arrojándola. A toda emoción, a toda sensación se le puede aplicar este proceso; de otro modo no constituiría una parte del desenvolvimiento del hombre y esencial de su naturaleza. Porque allí delante de él están el poder, la vida, la perfección, y el que en cada porción de su itinerario hacia aquel lugar existan todos los medios que pueden ayudarle a llegar a él, puede únicamente ser negado por todos aquellos que rehúsan reconocer en la vida una cosa distinta de la materia. Su posición mental es tan en absoluto arbitraria, que es inútil atacarla o combatirla. Al través de todos los tiempos, lo visible ha sido oprimido por lo invisible, y lo inmaterial ha dominado a lo material: al través de todos los tiempos, los signos y manifestaciones de aquello que más allá de la materia existe, han sido esperados por los hombres materiales para comprobarlos y pesarlos. Respecto de todos aquellos que arbitrariamente han escogido la inmovilidad, nada hay que hacer más que dejarlos tranquilos, dando vueltas a la rueda a manera de ardillas, y creyendo que en esto consiste la mayor actividad de la existencia.

II

No existe la menor duda respecto a que un hombre debe educarse por sí mismo a percibir aquello que más allá de la materia existe, del mismo modo que por sí mismo debe aprender a hacerse cargo de lo que la materia constituye. No hay quien no sepa que la temprana vida de un niño es un largo proceso de adaptación, es un largo aprendizaje para comprender el uso de los sentidos respecto a sus aptitudes especiales, es una larga práctica para el ejercicio de órganos difíciles, complejos e imperfectos en referencia completa a la perfección en el mundo de la materia. En el niño obra un deseo ardiente, y con decisión debe trabajar si es que quiere vivir. Algunos niños nacidos en medio de la luz de la tierra, la rechazan, y se niegan a emprender la tarea inmensa que ante ellos se presenta, y que debe ser llevada a cabo si ha de ser posible la vida en la materia. Éstos vuelven atrás a las filas de los no nacidos, los vemos nosotros abandonar su múltiple instrumento, el cuerpo, y sucumbir al sueño. Así sucede con la multitud inmensa de seres humanos, una vez que han triunfado, conquistado y gozado en el mundo de la materia. Los individuos de aquella muchedumbre, que parecen tan poderosos y confiados en sus

facultades familiares, son niños en presencia del universo inmaterial. Y nosotros los vemos, en todas partes, todos los días, a todas horas, rehusando entrar en aquél hundiéndose entre las filas de los que en la vida física permanecen, aferrándose a la conciencia que han experimentado y comprendido. El intelectual desprecio de todo conocimiento puramente espiritual es el signo más marcado de esta indolencia, de la cual pensadores de todas las clases son ciertamente culpables.

Que el esfuerzo inicial es muy penoso, es evidente, y es la verdad tanto una cuestión de fuerza como de actividad volitiva. Pero no existe más procedimiento para adquirir esta fuerza, o para hacer uso de ella, una vez adquirida, que el ejercicio de la voluntad. Es en vano el esperar nacer gozando de grandes facultades. En el reino de la vida, no existe más herencia que la del propio pasado del hombre. Él tiene que acumular todo lo que a aquél constituye. Esto es evidente para cualquier observador de la vida que hace uso de sus ojos sin cegarlos con preocupaciones, y hasta cuando la preocupación existe, es imposible para el hombre de sentido común no apercibirse del hecho. A lo anterior es a lo que debemos la doctrina de castigo y salvación, o bien extendiéndose al través de épocas interminables después de la muerte, o eterna. Esta doctrina es una mezquina y poco inteligente manera de establecer el hecho de la naturaleza, de que lo que el hombre siembra es lo que recoge. La gran inteligencia de Swedenborg vio el hecho tan claramente que lo abrumó con un resultado final en armonía con esta fase de existencia: sus ideas preconcebidas le imposibilitaban el percibir la posibilidad de nueva acción, allí en donde el mundo de los sentidos ya no existe para la acción material. Era él demasiado dogmático para la observación científica, y no veía que así como a la primavera sigue el otoño, y al día la noche, del mismo modo después del nacimiento debe venir la muerte. Él llegó muy cerca del umbral de las Puertas de Oro, y pasó por las mismas, gracias a un mero esfuerzo intelectual, pero sólo para detenerse un paso más allá. El relámpago de vida que allí obtuvo le pareció contener el universo; y con ayuda de este fragmento de experiencia, edificó una teoría para incluir toda la vida, y negó el progreso más allá de aquel estado, o cualquier posibilidad fuera del mismo. Esto es únicamente otra forma de la fastidiosa rueda de molino. Pero Swedenborg permanece el primero de aquella multitud de testigos del hecho que las Puertas de Oro existen, y pueden desde las altas regiones del pensamiento ser percibidas, y nos ha lanzado una débil ola de sensaciones desde sus umbrales.

III

Una vez que uno ha considerado la significación de estas puertas, le es evidente que el único camino que existe para escapar de esta forma de existencia pasa al través de las mismas. Ellas pueden solamente admitir al hombre a aquel lugar en el cual se convierte en el fruto cuya flor es la naturaleza humana. La naturaleza es la más bondadosa de las madres para todos aquellos que reclaman su auxilio; nunca causa pesadumbres a sus hijos, o desea que el número de los mismos disminuya. Amistosamente abre sus brazos al inmenso tropel de los que desean nacimiento y vivir en la forma; y a medida que continúan deseándolo, una bienvenida sonriente les otorga. ¿Por qué, pues, a algunos les cierra ella sus puertas?. Cuando una vida en su seno no ha consumido la centésima parte de los deseos del alma por la sensación, tal como aquí la encuentra, ¿Qué razón puede existir para su partida hacia algún otro lugar?. Con toda seguridad brotan las semillas del deseo allí en donde el sembrador las ha sembrado. Esto al parecer es lo único razonable; y en este hecho en apariencia evidente por sí mismo, la inteligencia Inda ha fundado su teoría de la reencarnación, o nacimiento y renacimiento en la materia, lo cual ha llegado a ser tan familiar para una parte del pensamiento Oriental, que ya no necesita demostración. El Indo lo sabe, del mismo modo que el Occidental sabe que el día en el cual vive es sólo uno de los muchos que constituyen la momentánea vida del hombre. Esta certeza que el Oriental posee con respecto de las leyes naturales que rigen el gran giro de la existencia del alma, es sencillamente adquirida por hábitos del pensamiento. La mente de muchos está fija en materias que en el Occidente se consideran como impensables. Por esta razón el Oriente ha producido las grandes flores del desarrollo espiritual de la humanidad; siguiendo las huellas mentales de un millón de hombres, Buddha pasó por las Puertas de Oro, y gracias a la gran multitud que en torno de sus umbrales se arremolinaba, pudo tras de sí dejar palabras que prueban que aquellas puertas se abren.

CAPITULO III

EL ESFUERZO INICIAL

I

Muy fácilmente se ve que ni un punto existe en una vida o experiencia de hombre, en el cual su alma esté más próxima a ciertas cosas que desde cualquiera otro. El alma, aquella sublime ciencia que llena el aire con su deslumbrante resplandor, está allí, tras de las puertas a las que ilumina. Pero que para dirigirse a ellas no existe ningún sendero determinado. Se deduce inmediatamente del hecho de que esta alma, por su misma naturaleza, debe ser universal. Las Puertas de Oro no admiten a ningún sitio particular; lo que hacen es abrirse para dar salida hacia un lugar determinado. El hombre pasa por ellas cuando se desprende de su limitación. Puede romper la cáscara que le mantiene en la oscuridad, rasgar el velo que oculta lo que es eterno, en cualquiera ocasión en que más fácil le sea el verificarlo. Y con mucha frecuencia esta ocasión la encontrará en donde menos se lo figure. Los hombres van en busca de la manera de escapar con el auxilio de su inteligencia, y de derribar las leyes arbitrarias y limitadas; y procuran lograr aquello que para ellos es inaccesible. Muchos, a la verdad, han esperado pasar por ellas por medio de la religión, y en su lugar han dado origen a una condición de pensamientos y sentimientos tan marcados y fijos, que, según parece, largos siglos serían insuficientes para hacerles salir de su camino. Algunos han creído que por medio de la inteligencia pura podía encontrarse el camino; y a tales hombres debemos la filosofía y la metafísica, que han salvado a la raza de hundirse en la sensualidad más completa. Pero lo que logra el hombre que pretende vivir, únicamente por el pensamiento, es habitar en la región de las fantasías, que insiste en dar a los demás hombres como alimento substancioso. Grande es nuestra deuda para con los metafísicos y los trascendentalitas; pero aquel que les sigue hasta el doloroso fin, olvidando que el cerebro es únicamente un órgano de uso, se encontrará en un lugar en donde una triste rueda de argumentos parece girar para siempre sobre su eje, sin ir a ninguna parte ni arrastrar ningún peso.

La virtud (o aquello que a cada hombre le parece que es virtud, su propio y especial modelo de pureza y moralidad), sostienen todos cuantos la practican que es un camino para llegar al cielo. Quizás es así, con respecto al cielo del sibarita moderno, del ético voluptuoso. Es tan fácil convertirse en un sibarita en lo que a la pureza de vida o a los elevados pensamientos se refiere, como respeto de los placeres del gusto, de la vista o del oído. La satisfacción es el objetivo, tanto del hombre virtuoso como del intemperante; aunque su vida sea un milagro de abstinencia y de abnegación, basta pensar un momento para ver que, al emprender este sendero en apariencia heroico, sólo va en busca del placer. Con él toma el placer un hermoso aspecto, porque todas sus satisfacciones tienen un dulce sabor, y se complace en hacer gozar a los otros, más bien que en hacerlo él mismo a sus expensas. Pero ni la vida pura ni los pensamientos elevados son, en sí mismos, objetivos finales, como tampoco lo es ningún otro modo de placer; y el hombre que pretende en ellos encontrar contento, debe multiplicar sus esfuerzos, repetirlos continuamente; todo es en vano. Es una verde planta ciertamente, y sus hojas son bellas; pero es menester algo más que hojas. Si ciegamente en su empeño persiste, creyendo que ha logrado su objetivo cuando ni siquiera lo ha percibido, se encuentra entonces en aquel triste lugar en el cual el bien es hecho por fuerza, y en donde las acciones virtuosas carecen de aquel amor que debe brillar en torno de las mismas.

Bueno es que un hombre lleve una vida pura, como es bueno también que lleve las manos limpias; pues de lo contrario repugna. Pero la virtud tal como en la actualidad la comprendemos, no puede tener ninguna relación que se refiera más especialmente a la vida futura, acerca de la cual nuestra comprensión es limitada, que a cualquiera otro de los elementos que nos constituyen. El espíritu no es un gas creado por la materia, no podemos nosotros morar nuestro futuro empleando forzosamente un agente material y abandonando todo lo restante. El espíritu es la gran vida en la que la materia permanece: no de otra manera el pétreo mundo existe en el seno del libre y fluídico éter; siempre que rompemos nuestras limitaciones, nos encontramos en aquella orilla maravillosa en donde una vez vio Wordsworth el resplandor del oro. Cuando entremos allí todo lo presente debe desaparecer igualmente: la virtud y el vicio, el pensamiento y la sensación. Que un hombre cosecha lo que ha sembrado, debe por supuesto ser verdad también; no tiene poder alguno para llevarse consigo la virtud, que a la vida material pertenece; el aroma de sus buenas acciones es un sacrificio todavía mucho más dulce que el

olor del crimen y de la crueldad. Como quiera que sea, puede suceder todavía que, gracias a la práctica de la virtud, se encadene por sí mismo en una caverna, en una inmutable manera de vivir en la materia, tan firmemente que sea imposible para la inteligencia el concebir que la muerte es un poder suficiente para libertarle y lanzarle en aquel ancho y glorioso océano, un poder suficiente para permitirle levantar la inexorable y pesada aldaba de la Puerta de Oro. Y algunas veces el hombre que ha pecado tan gravemente que su naturaleza está por completo contaminada y ennegrecida por el fuego feroz de la satisfacción egoísta está al último tan completamente consumido y carbonizado, que del vigor mismo de la pasión brota la luz. Más probabilidades tendría después de todo un hombre semejante de alcanzar el umbral de las puertas que el mero asceta o filósofo.

Pero de poco sirve el llegar a los umbrales de las Puertas sin poder pasar por ellas. Y aquello es todo cuanto el pecador esperar, puede, gracias a la disolución de sí mismo, debida a la contemplación de su propia alma. Al menos, esto parece ser así, inevitablemente, a causa de su condición negativa. El hombre que levanta la aldaba de la Puerta de Oro, debe hacerlo con su propia y fuerte mano: debe ser absolutamente positivo. Podemos ver esto por analogía. En cada una de las cosas de la vida, en cada nuevo paso o desenvolvimiento, es necesario que el hombre ponga en juego su voluntad más dominante, con objeto de obtener cumplidamente lo que desea. A la verdad, en muchas ocasiones, aunque posea todas las ventajas y aunque haga uso de su voluntad hasta un cierto grado, fracasará completamente en la obtención de lo que pretende, por falta de la resolución final e inquebrantable. Ningún sistema de educación en el mundo hará de un hombre una gloria intelectual para su época, aunque sus poderes sean grandes. Porque a menos que positivamente desee alcanzar el colmo de la perfección, será únicamente un estéril erudito, un fabricante de palabras, una maravilla en pensamientos mecánicos y una mera máquina de memoria. Y el hombre que en sí mismo posee esta cualidad positiva, se levantará a despecho de las circunstancias adversas, reconocerá y se lanzará sobre la corriente de ideas, que constituye su natural alimento, y permanecerá por fin a manera de un gigante en el lugar al cual ha querido llegar. Esto lo vemos nosotros prácticamente en todas las fases de la vida. Por lo que no parece posible que el hombre que sencillamente ha prevalecido contra las pasiones, perdiendo la parte dogmática y miserable de su naturaleza, pueda pasar al través de estas grandes Puertas.

Pero como ni la preocupación le ciega, ni se ha adherido por sí mismo a ningún remolino de pensamiento, ni ha introducido la rueda de su alma en ningún surco profundo de vida, parece que si alguna vez la voluntad positiva pudiese nacer en él, podría en algún tiempo, no distante para descorazonarle, levantar su mano hacia la aldaba.

Es indudablemente la más difícil empresa, en que durante la vida podemos vernos empujados, ésta de la cual nos ocupamos. ¡Libertad a un hombre de toda preocupación, de todo cristalizado pensamiento o sentimiento, de todas las limitaciones, y a pesar de todo desarrollar en él la voluntad positiva!. Mucho tiene de milagro al parecer; porque en la vida ordinaria, la voluntad positiva siempre está en asociación con ideas cristalizadas. Pero muchas cosas que participan mucho, al parecer, de una naturaleza milagrosa, han sido llevadas a cabo en la mezquina experiencia de vida concedida a nuestra actual humanidad. Todo el pasado nos demuestra que la dificultad no es ninguna excusa para cejar en la empresa, y mucho menos para caer en la desesperación: de otra manera, el mundo hubiera carecido de muchas de las maravillas de la civilización. Consideremos, por lo tanto, la cosa lo más seriamente posible, habiendo desde luego familiarizado nuestra inteligencia con la idea de qué aquello no es imposible.

La gran dificultad inicial es mantener vivo el interés hacia aquello que es invisible. Debe hacerse esto diariamente, y sólo tenemos que observar la manera cómo se verifica, con objeto de ajustar a lo mismo nuestra conducta. Todo inventor mantiene firmemente su interés hacia aquello que es invisible; y por completo depende de la firmeza de su concentración, el que triunfe o que fracase en su empresa. El poeta, que en el momento de su creación, la considera como aquello por lo cual vive, ve lo invisible y oye lo inaudible.

Probablemente en esta última analogía, existe una clave en cuanto a la manera de conducirse para que el éxito en este viaje hacia la desconocida frontera (“de donde” a la verdad, “ningún viajero vuelve”) se logre. Se aplica también al inventor, y a todo aquel que sobresale del ordinario nivel físico y mental de la humanidad. La clave existe en aquella palabra: Creación.

II

Con frecuencia, la palabra “crear” es comprendida por la inteligencia ordinaria como sinónima de la idea de producir algo de la nada. A todas luces, no es ésta su significación. Mentalmente, nos vemos obligados a proveer de caos a nuestro Creador, para que con el mismo pueda dar origen a los mundos. El labrador, que es el productor típico de la vida social, debe tener a su disposición, sus materiales, su tierra, su cielo, lluvia, sol y semillas para introducir en el seno de la tierra; no puede producir nada de nada. Del vacío no puede brotar la naturaleza; más allá, detrás, o en el interior de la misma existe aquel material con el que se ha revestido ella, gracias a nuestro deseo por un universo. Es un hecho evidente el que las semillas, la tierra, el aire y el agua, que las hace germinar, existen en cada plano de acción. Si habláis con un inventor, encontraréis que mucho más allá de aquello de lo cual actualmente se ocupa, percibe siempre algo todavía por hacer, algo que sus palabras no pueden expresar, a causa de que todavía no lo ha conducido a nuestro mundo presente y objetivo. El conocimiento de lo invisible es ciertamente más definido en el poeta, y de más difícil expresión, hasta que lo ha puesto en contacto con alguna porción de aquella conciencia que comparte con los demás hombres. Pero en proporción estricta con su grandeza, vive él en un estado de conciencia, que el hombre ordinario no concibe siquiera que pueda existir: la conciencia, que en el universo inmenso habita, que en el aire sin límites respira, que una vasta tierra y un firmamento contempla y que arrebatada semillas de plantas en proporciones gigantescas.

Este plano de conciencia es el que necesitamos alcanzar. Que no está reservado para los hombres de genio únicamente, lo demuestra el hecho de que héroes y mártires lo han encontrado y en él han vivido no son los hombres de genio los que sólo a él pueden llegar. Los hombres de grande alma pueden solamente encontrarlo.

Nada existe en este hecho que pueda conducir al descorazonamiento. Vulgarmente se supone que la grandeza en el hombre es un don de nacimiento. Esta creencia es debida a un modo de pensar defectuoso, a la ceguera en lo que a los hechos de la naturaleza se refiere. La grandeza puede únicamente alcanzarse por el desarrollo gradual; lo cual vemos continuamente demostrado. Lo mismo les sucede a las montañas, y a nuestro globo; son grandes a causa del modo particular de crecimiento propio de aquel estado de

la materia: la acumulación de átomos. A medida que la conciencia inherente a todas las formas en existencia pasa a más activas formas de vida, se hace más activa, y de un modo proporcional adquiere el poder de crecer por asimilación, en lugar de hacerlo por acumulación. Mirando la existencia desde este punto de vista especial (lo cual es muy difícil mantener durante mucho tiempo, estando como estamos habituados a considerar la vida en planos, olvidando las grandes líneas que los unen y que al través de los mismos pasan), percibimos inmediatamente ser razonable la suposición de que, a medida que avanzamos más allá de nuestro actual punto de partida, el poder de crecer por asimilación irá siendo mayor, y probablemente se convertirá en un método todavía más rápido, fácil e inconsciente. De hecho está el universo lleno de magníficas promesas para nosotros, si consentimos únicamente en levantar los ojos y mirar. El levantar los ojos es la primera necesidad y la primera dificultad; puesto que con tanta facilidad nos contentamos con lo que vemos al alcance de nuestras manos. La característica esencial del hombre de genio es que experimenta una indiferencia relativa, en cuanto al resultado de aquello que toca, ardiendo en deseos por aquello que a lo lejos se vislumbra en las montañas. De hecho no necesita la sensación del contacto para despertar el anhelo. Él sabe que este fruto distante, que percibe sin el auxilio de los sentidos físicos, es un alimento más sutil y vivificante que cualquiera de los que aquéllos exigen. ¿Y de qué manera es recompensado?. ¡Gusta aquel fruto!. ¡Cuán fuerte y delicado es su sabor, y qué nueva sensación de vida se difunde por todo su ser!. Porque, al reconocer aquel sabor, ha reconocido la existencia de los sentidos sutiles, aquellos que alimentan la vida del hombre interno. Y es por la fuerza del hombre interno, y por medió de su esfuerzo únicamente cómo la aldaba de las Puertas de Oro puede ser levantada.

De hecho es únicamente por medio del desenvolvimiento y desarrollo del hombre interior, cómo puede percibirse la existencia de estas puertas, y de todo aquello a lo cual nos admiten. Mientras el hombre se contenta con sus groseros sentidos, y no se preocupa en ningún modo de los más sutiles, las puertas permanecen literalmente invisibles. Así como para el mozo de labranza el vestíbulo de la vida intelectual es una cosa increada y no existente, del mismo modo para el hombre de sentidos groseros, aun en el caso de que su vida intelectual sea activa, todo lo que más allá de los mismos se oculta, es increado y no existente, tan sólo porque no abre el libro.

Para el criado que quita el polvo de la biblioteca del sabio, los volúmenes carecen de sentido, y ni siquiera, al parecer, contienen para él una promesa, a menos que también sea un hombre ilustrado; no un mero sirviente. Es posible dirigir una ojeada a la eternidad, desde el orificio de la cerradura, gracias a una pura indolencia; indolencia mental, que es lo mismo que incredulidad, de la cual aprenden los hombres, al fin, a enorgullecerse; la llaman escepticismo y hablan del reino de la razón.

III

Y ahora, consideremos la manera de vencer la dificultad inicial de sostener el interés hacia aquello que es invisible. Nuestros groseros sentidos se hacen cargo únicamente de aquello que es objetivo en el sentido vulgar de la palabra; pero justamente más allá de este panorama de vida, existen sensaciones mucho más delicadas que exigen sentidos más sutiles. Aquí encontramos la primera clave que para los peldaños necesitamos. El hombre mira desde un punto de vista que puede considerarse como un centro, del cual parten muchos radios o líneas; y si tiene el valor de desprenderse por sí mismo de la más simple forma de vida, el punto, y de explorar sólo un pequeño espacio a lo largo de estas líneas o rayos, Inevitablemente su ser se ensancha y amplifica: el hombre comienza a engrandecerse. Pero es evidente, si aceptamos este ejemplo como fiel y verdadero, que lo principal, lo más importante, es el explorar todas las líneas con igual persistencia; de otra manera, el resultado sería una deformidad. Todos nosotros apreciamos la grandeza, la majestad y dignidad propias de un árbol de la selva, que tiene el aire suficiente para respirar, espacio para extender sus raíces, e interna vitalidad con que verificar su trabajo incesante. Obedece a la ley natural y perfecta del crecimiento; y el peculiar respeto que inspira, procede de este hecho.

¿Cómo es posible reconocer al hombre interno, observar su desarrollo y alimentarlo?.

Procuremos seguir, durante un corto, rato, el hilo que hemos encontrado; aunque pronto las palabras serán probablemente inútiles.

Cada uno de nosotros tiene que viajar solo, y sin auxilio de nadie, no de otra manera debe el viajero trepar solo cuando a la cúspide del monte se

aproxima. No puede allí ayudarle bestia de carga alguna, ni puede nada de lo grosero, que con los sentidos groseros se relaciona, sostenerle allí. Pero durante una corta distancia, pueden las palabras acompañarnos.

La lengua, en los alimentos, reconoce el grado de dulzura o de picante. Para el hombre cuyos sentidos son de la calidad más ínfima, no existe más idea que ésta, en cuanto a lo que a la dulzura se refiere. Pero una esencia mucho más delicada, una sensación muchísimo más elevada del mismo orden, se obtiene por medio de otra percepción. La dulzura en el rostro de una mujer amable, o en la sonrisa de un amigo, es reconocida por el hombre cuyos sentidos internos poseen una pequeña, una mera vibración de vida. Para aquel que ha levantado la aldaba de oro, la fuente de las aguas dulces, la fuente misma de la cual toda dulzura procede, para él mana, se ha convertido en una parte de su herencia.

Pero antes de que las aguas de esta fuente puedan ser gustadas, o cualquier otro manantial alcanzado, o cualquier fuente encontrada, de una pesada carga tiene que ser libertado el corazón, una barra de hierro que le oprime, y le impide levantarse y hacer uso de su fuerza.

El hombre que reconoce el raudal de dulzura, desde su fuente al través de la naturaleza, al través de todas las formas de la vida, ha levantado a aquélla, él mismo se ha elevado a aquel estado en el cual ninguna limitación existe. Sabe que es una parte del gran todo; y este conocimiento es lo que su herencia constituye. Rompiéndolo, y desligándose del lazo arbitrario que le mantiene encadenado a su centro personal, es como llega a su mayor edad y se convierte en el legislador de su reino. A medida que su alma se ensancha, gracias a las experiencias variadas, a lo largo de estas líneas múltiples cuyo centro está en el punto en donde permanece encarnado, descubre que él está en contacto con toda la vida, que él dentro de sí mismo contiene el todo. Y entonces sólo tiene que ceder a la gran fuerza que llamamos el bien, adherirse con firmeza a ella con todas las fuerzas de su alma, y entonces es velozmente arrastrado en el seno de la corriente vasta e inmensa de la vida real. ¿Qué son las aguas que esta corriente constituye?. En nuestra vida presente, sólo poseemos la sombra de la sustancia. Ningún hombre ama sin llegar a la saciedad, ningún hombre bebe vino sin volver a él sediento. El hambre y el deseo oscurecen el cielo, y hacen la tierra inhospitalaria. Lo que nosotros necesitamos, es una tierra

que produzca frutos vivientes; un cielo que siempre esté lleno de luz, necesitando esto positivamente, con toda seguridad lo encontraremos.

CAPITULO IV

LA SIGNIFICACIÓN DEL DOLOR

I

Láncese una mirada en el seno profundo de la vida, de donde viene el dolor a ennegrecer las existencias de los hombres. En los umbrales siempre permanece, llevando tras de sí la desesperación.

¿Quiénes son estas dos macilentas figuras, y por qué les está permitido el ser nuestras compañeras constantes?.

Nosotros somos los que se lo permitimos, nosotros los que se lo ordenamos, del mismo modo que ordenamos y permitimos la acción de nuestro cuerpo; y lo hacemos inconscientemente. Si por medio de experimentos y observaciones científicas, hemos aprendido mucho en cuanto a nuestra vida física, del mismo modo, a lo que parece, adoptando métodos análogos, podríamos por lo menos obtener resultados semejantes, en lo que a nuestra vida interna se refiere.

Aparece el dolor, suaviza, rompe y destruye. Considerado desde un punto lo suficientemente apartado, aparece como una medicina, como un cuchillo, como un arma, como un veneno, sucesivamente. Es un utensilio, una cosa que evidentemente es usada: lo que deseamos nosotros descubrir es quién es el que del mismo hace uso; ¿Cuál es la porción de nosotros mismos que pide la presencia de esta cosa tan odiosa para todas las demás?.

La medicina es empleada por el médico, el escalpelo por el cirujano; pero el arma de destrucción es usada por el enemigo, por el que aborrece.

¿Sucede entonces que nosotros no sólo nos valemos de medios, o deseamos hacer uso de los mismos en beneficio de nuestras almas, sino que también intentamos la guerra en el santuario interno, y el combate dentro de nosotros mismos?. Al parecer es así: porque a la verdad, si la voluntad del

hombre se debilitase respecto de lo anterior, no querría por más tiempo retener la vida, en aquel estado en el que el dolor existe. ¿Por qué desea él su propio daño?

La contestación puede a primera vista quizás ser, que él principalmente desea el placer, y que, por lo tanto, desea continuar en aquel campo de batalla en donde lucha con el dolor, para vencerle, esperando siempre que el placer obtendrá la victoria, y tomará posesión de su individuo. Este es sólo el aspecto externo del estado del hombre. Conoce bien que en sí mismo el dolor y el placer dominan juntos, y que aunque la guerra siempre se intente, jamás aquél será vencido. El observador superficial deduce que el hombre se somete a lo inevitable. Pero aquello es una falacia indigna de discusión. Pensando un poco más seriamente, vemos que el hombre, después de todo, no existe más que por el ejercicio de sus cualidades positivas; lógico es únicamente, el suponer que él escoge el estado en el cual quiere vivir, por mecho del ejercicio de estas mismas cualidades.

Concedido, pues, en consideración a nuestro argumento, que él desea el dolor, ¿Por qué desea una cosa tan molesta para sí mismo?

II

Si cuidadosamente estudiamos la constitución del hombre y sus tendencias, observaremos como si en él existiesen dos direcciones definidas en cuyo sentido se desarrolla. Es como un árbol que clava sus raíces en la tierra, al paso que lanza sus tiernas ramas a los cielos. Estas dos líneas que parten desde el punto central y personal, son para él, claras, definidas e inteligibles. A la una le llama bien, a la otra mal. Pero el hombre no es, según ninguna analogía, observación o experiencia, una línea recta. Su vida, su progreso, su desarrollo, llámese como se quiera, no consiste meramente en seguir un campo recto u otro, como pretenden los afiliados a las Religiones. La cuestión, el gran problema, sería entonces fácil y estaría completamente resuelto. Pero no es tan fácil ir al infierno como dicen los predicadores. Es una empresa tan difícil como encontrar el camino hacia las Puertas de Oro. Puede un hombre estar sumido por completo en los placeres sensuales, puede al parecer degradar su naturaleza entera; a pesar de todo no se convierte en un perfecto diablo, porque todavía la centella de la Luz Divina en su interior permanece. El pretende elegir el ancho camino que a la destrucción conduce, y

empieza valientemente su temeraria carrera. Pero muy pronto se siente sobrecogido, refrenado por alguna de las muchas otras radiaciones que parten del centro de sí mismo. Sufre, como el cuerpo sufre cuando desarrolla monstruosidades que impiden su acción saludable. Él ha creado el dolor, y se ha encontrado con su propia creación. Podrá parecer que este argumento es de difícil aplicación respecto al dolor físico. No es así si el hombre es considerado en un plano mucho más elevado que el que nosotros generalmente ocupamos. Si se le mira como a una poderosa conciencia, que origina sus manifestaciones en armonía con sus deseos, es evidente entonces que el dolor físico resulta de la deformidad en aquellos deseos. Sin duda alguna, esta concepción del hombre parecerá a muchas inteligencias en exceso gratuita, y que lleva consigo un salto mental demasiado grande, hacia aquellos lugares desconocidos en que la prueba no es posible obtenerla. Pero si la mente se acostumbra a considerar la vida desde este punto de vista, entonces, muy pronto, ningún otro es aceptable; los hilos de la existencia, que al observador puramente materialista, aparecen sin remedio confundidos, se separan y rectifican, tan pronto como una nueva forma de comprensión ilumina al universo. El arbitrario y cruel Creador que a capricho inflige el dolor y concede el placer, desaparece entonces de la escena; y es lo que debe suceder, porque ya es un carácter innecesario, peor todavía, es ya un muñeco de paja, que no puede después de todo erguirse sobre las tablas, sin que por todos lados los dogmáticos le sostengan. El hombre viene a este mundo, seguramente, por la misma razón que vive en una ciudad de la tierra o en otra; y después de todo, si es una exageración el decir que esto es así, puede uno con toda seguridad preguntar: ¿Por qué no es así? o existen para ello razones ni en pro, ni en contra a las que el materialista pueda apelar, o que sean de peso, ante un tribunal de justicia. Pero yo aseguro en favor del argumento, que ningún hombre, habiendo una vez considerado seriamente lo anterior, puede volverse atrás hacia las teorías formales de los escépticos. Sería lo mismo que si en pañales se envolviese de nuevo.

Concedido, pues, en consideración al argumento, que el hombre posee una poderosa conciencia, que es su propio creador, su propio juez, y en cuyo interior existen las potencialidades de toda vida, hasta el objetivo final; permítasenos entonces considerar, por qué él mismo es quien se causa el sufrimiento.

Si el dolor es el resultado de un desarrollo desigual, de un crecimiento monstruoso, de un adelanto imperfecto en diferentes puntos, ¿Por qué no aprende el hombre la lección que esto le enseña, y no procura desarrollarse por igual?

A mi parecer, la contestación a esta pregunta sería que ésta es la verdadera lección que la raza humana está empeñada en aprender. Quizás esto puede parecer una afirmación audaz en exceso, en presencia del modo ordinario de pensar, que o bien considera al hombre como una criatura hija de la casualidad, viviendo en el caos, o como un alma encadenada a la rueda inexorable del carro de un tirano, y lanzada al cielo o precipitada al infierno. Pero un modo tal de pensar es, después de todo, el mismo que el de un niño que mira a sus padres como los árbitros finales de sus destinos, y de hecho como los dioses o demonios del universo. A medida que crece, arroja de sí esta idea, encontrando sencillamente que es una cuestión de avanzar en años, y que él mismo es el rey de la vida, como cualquier otro hombre.

Así es con respecto a la humana raza. Es el rey del mundo, árbitro de su propio destino, y nadie existe que pueda decirle no. Él, que habla de Providencia y de casualidad, no se ha tomado el trabajo de pensar.

El destino, lo inevitable, existe a la verdad, lo mismo para la raza que para el individuo. Pero ¿Quién puede marcar su línea de acción, si no es el hombre mismo?. Ni en los cielos ni en la tierra existe nada que dé motivo para suponer la existencia de más ordenador que el hombre mismo, que sufre, o goza con lo que está prescrito. Lo que sabemos acerca de nuestra constitución es tan poco, somos tan ignorantes en lo referente a nuestras divinas funciones, que es para nosotros imposible saber si en la actualidad estamos poco o mucho sujetos al destino. Pero, lo que después de todo sabemos, es que, nada que dé motivo a la existencia de un ordenador, ha sido todavía descubierto. Mientras que, si sólo concedemos una muy pequeña atención a la vida que en torno a nosotros existe, con el objeto de observar la acción del hombre sobre su propio futuro, pronto percibimos este poder, como una fuerza actual en operación. Es visible aunque nuestro campo de visión sea tan limitado.

El hombre del mundo, puro y sencillo, es de con mucho el mejor observador práctico y filósofo con respecto a la vida, porque no está cegado por ninguna clase de preocupaciones. Siempre se le encontrará creyendo, que

según lo que el hombre siembra, recoge. Y es esto tan verdadero, que si uno abarca el más ancho campo de visión incluyendo toda la vida humana, se hace comprensible la funesta Némesis que tan concienzudamente parece perseguir a la raza humana, aquella inexorable aparición del dolor en medio del placer. Los grandes poetas griegos veían esta aparición tan claramente que sus registradas observaciones nos han dado a nosotros, observadores más jóvenes y más ciegos, idea de la misma. No es verosímil que una raza tan materialista como la que sobre todo el Occidente se ha desarrollado, hubiese descubierto por sí misma este factor terrible de la vida, humana, sin el auxilio de los más antiguos poetas, los poetas del pasado. Y con motivo de esto podemos indicar, dicho sea de paso, una utilidad distinta que del estudio de los clásicos resulta; o sea que las grandes ideas y hechos acerca de la vida humana que en la poesía de las grandiosas figuras de la antigüedad existe, no se perderán por completo, como sucede con sus artes. Indudablemente el mundo florecerá de nuevo, y pensamientos mucho más grandes, y descubrimientos mucho más profundos que todos los del pasado, serán la gloria de los hombres de la eflorescencia futura. Pero hasta que aquel día lejano llegue, por mucho que apreciemos los tesoros que nos han sido legados, nunca será lo suficiente.

Un aspecto de la cuestión existe, que al parecer y a primera vista, es positivamente negativo, en cuanto a este modo de pensar: es el sufrimiento en el, en apariencia, cuerpo puramente físico de los seres mudos, niños de corta edad, idiotas, animales, y su desesperada necesidad, del poder que a consecuencia de cualquier clase de conocimiento viene a auxiliarlos en medio de sus sufrimientos.

La dificultad que con respecto a esto en la mente se origina, procede de la insostenible idea de la separación del alma del cuerpo. Se supone, por todos aquellos que sólo se fijan en la vida material (y especialmente por los médicos de la carne), que el cuerpo y el cerebro son un par de compañeros que viven juntos, mano a mano, y reaccionan uno sobre el otro. Más allá de lo cual, ninguna causa reconocen, y por lo tanto no permiten exista ninguna. Olvidan que el cerebro y el cuerpo son evidentemente meros mecanismos como la mano o el pie. Allí permanece el hombre interno el alma, haciendo uso de todos estos mecanismos; y esto es una verdad tan evidente respecto de todas las existencias que conocemos, como en lo que al mismo hombre se refiere. Ningún punto podemos encontrar en la escala de los seres, en el cual el proceso de causación que procede del alma cese, o pueda cesar. La ostra

insensible debe tener en sí misma aquello que hace que escoja la vida inactiva que la caracteriza; nadie por descontado la escogería para él, más que el alma que en su seno se oculta, y que le da el ser. ¿Cómo podría de otra manera estar en donde está, o existir en absoluto?. Únicamente por medio de la intervención de un creador imposible, llamado por un nombre o por otro.

A causa de ser el hombre tan indolente, y de estar tan poco dispuesto a asumir o a aceptar la responsabilidad, recurre al expediente de esta falsificación temporal de un creador. Es en verdad temporal, porque puede únicamente existir mientras dure la actividad del poder cerebral particular que está en su lugar entre nosotros. Cuando el hombre arroja su vida mental detrás de sí, necesariamente abandona con ello su linterna mágica, y las placenteras ilusiones que con ayuda de la misma ha conjurado. Debe ser aquél un muy penoso momento, y debe producir un sentimiento de desnudez, al cual ninguna otra sensación comparársele pueda. Al parecer podría uno mismo evitar tan desagradable experiencia rehusando aceptar fantasmas imaginarios como entidades de carne, sangre y poder. Le gusta al hombre lanzar sobre el Creador la responsabilidad, no sólo de su capacidad para pecar y de la posibilidad de su salvación, sino la e su misma vida, su verdadera conciencia. A la verdad que es un pobre Creador el que de tal modo se contenta, que se complace con un universo de muñecos, y se divierte tirando de sus hilos. Si es capaz de entretenerse de un modo semejante, debe todavía estar en su infancia. Quizás es así, después de todo; el Dios que en nuestro interior reside es todavía un niño, y rehúsa reconocer su más alto estado. Si a la verdad, el alma del hombre está sujeta a las leyes del crecimiento, de disminución y de renacimiento del mismo modo que su cuerpo, no hay entonces motivo para maravillarnos de su ceguera. Pero evidentemente no es esto así, porque el alma del hombre pertenece sin duda a aquel orden de vida que origina la hechura y la forma, y al cual estas cosas no afectan, a aquel orden de vida que a manera de la pura y abstracta llama, arde siempre que es encendida. No puede el tiempo cambiar o afectar a ésta, pues por su misma naturaleza es superior al crecimiento y a la decadencia. Permanece en aquel lugar primitivo, que es el único trono de Dios: en aquel punto del cual brotan las formas de la vida, y al cual vuelven. En aquel lugar, el punto central de la existencia permanece, en donde un foco permanente de vida reside como en el centro del corazón del hombre. Por medio del desarrollo por igual, es como, primero, por el reconocimiento de lo mismo, y después por su armónico desenvolvimiento sobre las muchas líneas radiantes de experiencia, el hombre adquiere por fin la

facultad de llegar a las Puertas de Oro, y de levantar su aldaba. El proceso es el reconocimiento gradual del dios en sí mismo; la meta es alcanzada cuando aquel dios doméstico es restablecido conscientemente a su legítima gloria.

III

Lo primero que necesariamente debe hacer el alma del hombre con objeto de lanzarse a esta gran empresa, para descubrir la verdadera vida, es lo mismo que ante todo hace el niño al desear la actividad de su cuerpo, debe ser capaz de mantenerse en pie, claro es que el poder mantenerse a pie firme, de equilibrio, de concentración, de rectitud en el alma, es una cualidad de un carácter sobresaliente. La palabra que más gráficamente describe esta cualidad es “confianza”.

Permanecer todavía en el seno de la vida y de sus cambios, y mantenerse firme en el lugar escogido, es un hecho que sólo puede ser llevado a cabo por el hombre que tiene confianza en sí mismo, y en su destino. De otra manera las formas turbulentas de la Vida, la marea avasalladora de los hombres, las grandes corrientes de pensamiento, deberán inevitablemente arrastrarle consigo, perdiendo entonces aquel punto de coincidencia, desde el cual es posible lanzarse a la grande empresa. Este acto del hombre recién nacido, debe ser llevado a cabo conscientemente, y sin que la menor influencia exterior sobre él obre. Todos los grandes de la tierra han poseído esta confianza, y han permanecido firmemente en aquel lugar que era para ellos el único punto sólido del universo. Para cada hombre este lugar es necesariamente distinto; cada hombre debe encontrar su propia tierra y sus propios cielos.

Poseemos el deseo instintivo de remediar el dolor; pero en esto como en todo lo demás, sólo nos ocupamos de exterioridades. Lo que hacemos es sencillamente aliviarlo; y si hacemos más y lo arrancamos de la primera fortaleza que ha escogido, aparece en algún otro sitio con vigor redoblado. Si eventualmente es lanzado del plano físico, gracias a esfuerzos persistentes y felices, reaparece en los planos mental o emocional, en donde ningún hombre puede influir en el mismo. Que esto es así, es fácilmente visto por todos aquellos que unen los distintos planos de sensación, y que observan la vida con aquella iluminación adicional. Los hombres acostumbran considerar estas distintas formas de sentimiento, como actualmente separadas, mientras que, de

hecho, son con toda evidencia tan sólo diferentes lados en torno de un mismo centro, el punto de personalidad. Si aquello que en el centro brota, la fuente de vida, pide alguna acción penosa, y a consecuencia de la misma causa dolor, la fuerza así creada lanzada de una fortaleza, debe encontrar otra; no puede ser destruida. Y todas las combinaciones de la vida humana que dan lugar a la emoción y al dolor, existen con objeto determinado, sucediendo lo mismo en todas aquellas que dan lugar al placer.

Ambas tienen su mansión en el hombre, ambas piden la expresión de su derecho. El maravillosamente delicado mecanismo de la forma humana, está construido para responder a su más ligero contacto; las confusiones extraordinarias de las relaciones humanas se desenvuelven por sí mismas, para la satisfacción de estos dos grandes antagonistas del alma.

El dolor y el placer permanecen apartados y separados como o están ambos sexos; y confundiéndolos, haciendo de los dos uno, es como el gozo, la sensación y la paz profundas se obtienen; allí en donde no existe ni macho ni hembra, ni placer ni dolor, allí el dios en el hombre domina, allí impera la vida real.

El presentar la cuestión de este modo podrá tener demasiados puntos de analogía con lo que el dogmático afirma sin que nadie le contradiga desde un púlpito seguro. Pero es dogmatismo únicamente, como es dogmatismo el recuerdo del esfuerzo de un sabio en una dirección nueva. A menos que la existencia de las Puertas de Oro pueda probarse es real, y no una simple fantasmagoría de visionarios fantásticos, entonces no son dignos de ellos, después de todo, de hablar acerca de las mismas. En el siglo presente, sólo hechos concluyentes o argumentos legítimos influyen en las inteligencias de los hombres. Y esto es de con mucho lo mejor. Porque a menos que la vida hacia la cual avanzamos aumente incesantemente en realidad, y sea actual, no merece la pena que desperdiciemos el tiempo yendo hacia la misma. La realidad es la mayor necesidad del hombre, y él la pide a toda costa, a cualquier precio. Esto es lo que sucede; nadie dudará que esté en su derecho. Marchemos, pues, en busca de la realidad.

IV

Una lección definida que todos cuantos han sufrido intensamente han aprendido, nos prestará el mayor de los servicios desde este punto de vista. En el dolor intenso se llega a un punto, en el que no puede distinguirse de su contrario, el placer. Así es en verdad; pero pocos poseen el heroísmo o la energía para sufrir hasta un grado tan extraordinario. Es aquél tan difícil de alcanzar como por el otro camino. Únicamente unos pocos elegidos poseen la gigantesca capacidad para el placer que les permite trasladarse a su lado opuesto. La mayor parte sólo poseen la fuerza suficiente para gozar y para convertirse en esclavos del placer. A pesa de todo, el hombre posee, indudablemente, en su interior, el heroísmo necesario para la gran empresa. Si de otra suerte fuera, ¿Cómo es que hay mártires que han sonreído en medio de los tormentos?. ¿Por qué el endurecido pecador que solamente para el placer vive, puede por fin sentir el soplo divino agitarse dentro de sí mismo?.

Pero con demasiada frecuencia, aquella posibilidad es anulada por la preponderancia de la naturaleza sobrecogida: el mártir ha adquirido una pasión por el dolor, y vive con la idea de un sufrimiento heroico; el pecador es cegado por la idea de la virtud, y la adora como un fin, como un objetivo, como una cosa divina por sí misma. Cuando, después de todo, sólo puede ser divina, si se la considera como una parte de aquel todo infinito que comprende tanto al vicio como a la virtud. ¿Cómo es posible dividir al infinito, a aquello que es uno?. Es tan razonable conceder divinidad a cualquier objeto, como tomar una copa de agua del océano, y declarar que éste está en aquella contenido. No podéis vosotros separar el océano; el agua salada es una porción del mar inmenso, y así debe ser; pero, sin embargo, no podéis tener el mar en vuestra mano. Los hombres desean tan impacientemente el poder personal, que están dispuestos a colocar el infinito en una copa, y a sintetizar la idea divina en una fórmula con objeto de poder imaginar que están en posesión de la misma. Son éstos únicamente aquellos que no pueden levantarse y acercarse a las Puertas de Oro, porque el gran soplo de vida les confunde; al contemplar su grandeza, el horror les sobrecoge. El adorador de un ídolo, conserva en su corazón una imagen de aquél, y siempre ante el mismo mantiene una luz encendida. Aquél es su ídolo propio, y se complace con este pensamiento, aunque se incline reverentemente ante él mismo. ¿Cuántos hombres virtuosos y religiosos no se encuentran en este estado?. En lo más recóndito del alma, la lámpara arde ante el dios doméstico, una cosa

poseída por el adorador y a él sujeta. Los hombres se abrazan con desesperada tenacidad a estos dogmas, a estas leyes morales, a estos principios y sistemas de fe, que sus dioses caseros, sus ídolos personales. Pedíles que enciendan la llama incesante sólo en honor del infinito, y se apartarán de vosotros. De cualquier modo que desprecien vuestra protesta, en su interior deja ésta el sentimiento de un doloroso vacío. Porque la noble alma del hombre, aquel poderoso rey que dentro de todos nosotros reside, sabe perfectamente bien que este ídolo casero puede en cualquier momento ser derribado y destruido; que en sí mismo carece de toda finalidad, sin ninguna vida real y absoluta. Y con su posesión ha sido feliz, olvidando que cualquiera de las cosas que se posean, pueden sólo por las leyes inmutables de la vida, conservarse temporalmente. Ha olvidado él, que el infinito es su único amigo; él ha olvidado que en su gloria existe únicamente su mansión, y que aquél puede sólo ser su dios. Allí se siente desamparado; pero como, en medio de los sacrificios que a su propio y especial ídolo ofrece, encuentra un breve lugar de reposo, por esto apasionadamente a él se abraza.

Pocos son los que tienen el valor de mirar, aunque sea de hito en hito, de contemplar la gran desolación que al exterior de ellos mismos existe, y que existirá durante todo el tiempo que se mantengan adheridos a la persona que representan, al “yo” que para ellos es el centro del mundo, la causa de toda vida. En su anhelo por un dios; encuentran la razón para la existencia de uno; en su deseo por un cuerpo sensual y un mundo en donde gozar, existe para ellos la causa del universo. Estas creencias pueden permanecer muy profundamente ocultas bajo la superficie, y ser, por lo tanto, difícilmente accesibles; pero en el hecho de que allí existen se funda la razón por la cual el hombre se mantiene justo. Para sí mismo, él mismo es el infinito y el Dios; él sostiene el océano en una copa. En su ilusión alimenta el egoísmo que hace la vida placentera, que hace el dolor agradable. En este profundo egoísmo está la causa verdadera y el origen de la existencia del placer y del dolor. Porque si el hombre no oscilase entre estos dos, e incesantemente se recordase a sí mismo, por medio de la sensación, que existe, lo olvidaría. Y en este hecho se funda por completo la contestación a la pregunta: “¿Por qué da origen el hombre al dolor, para su propio desconsuelo?”.

El hecho extraño y misterioso permanece todavía inexplicable; el hombre, engañándose a sí mismo de un modo tal, interpreta meramente la naturaleza al revés, y atribuye a las palabras de muerte la significación de la

vida. Que el hombre a la verdad en su interior contiene el infinito, y que en la copa el océano realmente existe, es una verdad incontestable. Pero únicamente es así porque la copa en absoluto no existe. Es sencillamente una experiencia del infinito, expuesta a ser destrozada en cualquier momento. Pretendiendo realidad y permanencia para los cuatro muros de su personalidad, es como el hombre comete el enorme error que le sumerge en una prolongada serie de incidentes desgraciados, e intensifica continuamente la existencia de sus formas favoritas de sensación. El placer y el dolor se convierten para él en más reales que el gran océano del cual él es una parte y en el cual su mansión existe; perpetua y dolorosamente se golpea él mismo contra estos muros en los cuales siente, y su yo mezquino oscila dentro de su prisión escogida.

CAPÍTULO V

EL SECRETO DE LA FUERZA

I

Fuerza para lanzarse adelante es lo que en primer lugar necesita aquel que este sendero ha escogido. ¿En dónde tiene que buscarse?. Mirando en torno de sí no es difícil ver en dónde los otros hombres encuentran su fuerza. El origen de la misma existe en su profunda convicción. Gracias a este gran poder moral, nace en la vida natural del hombre aquello que le permite, por débil que sea, avanzar y vencer. Conquistar ¿qué?. No continentes ni mundos, sino a sí mismo. Por medio de aquella victoria suprema se obtiene la entrada en el todo, en donde todo cuanto puede ser conquistado y adquirido por medio del esfuerzo, se convierte de una vez, no en algo, sino en uno mismo.

Ceñirse la armadura y lanzarse al combate, exponiéndose a una muerte entre la confusión de la batalla, es cosa fácil; permanecer silencioso en medio de la charla del mundo, conservar la tranquilidad durante el alboroto del cuerpo, guardar silencio en medio de los mil gritos de los sentidos y deseos, y entonces, despojado de toda armadura, sin precipitación, sin excitación alguna, coger la serpiente mortal de uno mismo y matarla, no es fácil. A pesar de todo, esto es lo que debe hacerse. Lo cual únicamente puede tener lugar en el momento de equilibrio, cuando el enemigo está desconcertado por el silencio.

Para este momento supremo, es necesaria una fuerza tal, como la que ningún héroe de los campos de batalla necesita. Un gran soldado debe poseer la convicción plena y de la justicia de su causa, y de la rectitud de su método. El hombre que combate contra sí mismo, y vence, puede únicamente hacerlo cuando sabe que, empeñándose en aquella guerra, hace la única cosa que es digna de llevarse a cabo; y cuando sabe que, conduciéndose de este modo, reduce a su servicio a los cielos y al infierno. Sí, en ambos permanece. No necesita él de cielo alguno, del cual el placer venga a manera de premio durante largo tiempo prometido; infierno alguno no tiene en donde le aguarde

la pena con la que será castigado por sus pecados. Porque ha vencido una vez por todas a aquella astuta serpiente en sí mismo, la cual se mueve de un lado a otro en su constante deseo de contacto, en su carrera perpetua tras del placer y del dolor. Nunca jamás (una vez la victoria realmente obtenida) temblará, o se llenará de gozo por cualquier pensamiento acerca de lo que el futuro comprende. Todas aquellas sensaciones ardientes que le parecían constituir las únicas pruebas de su existencia, ya no las constituyen. ¿Cómo puede entonces conocer que vive?. Lo sabe únicamente por argumento. Y con el tiempo no se cuida siquiera de argüir acerca de lo mismo. Porque en él entonces reina la paz. Y en aquella paz encontrará el poder que ha anhelado. Entonces sabrá lo que es aquella fe que puede mover las montañas.

II

La religión mantiene al hombre apartado del sendero, e impide su marcha hacia adelante por muchas y claras razones. En primer lugar comete un error vital de distinguir entre el mal y el bien. La naturaleza no conoce semejante distinción; y las leyes morales y sociales impuestas por nuestras religiones, son tan temporales como cosas pertenecientes a nuestro modo y forma de existencia, como lo son las leyes morales y sociales de las hormigas y las abejas. Pasamos nosotros más allá de aquel estado en el que estas cosas parecen ser finales, y las olvidamos para siempre. Esto se demuestra fácilmente; puesto que un hombre de amplio modo de pensar y de inteligencia, debe modificar su regla de vida cuando habita entre gentes a él extrañas.

Estas gentes entre las cuales es un extranjero, tienen sus religiones propias profundamente arraigadas, y convicciones hereditarias contra las cuales no puede chocar. A menos de poseer una inteligencia abyecta, mezquina y obtusa, ve que sus leyes y ordenanzas son tan buenas como las suyas propias. ¿Qué es lo que entonces puede hacer, más que acomodar gradualmente su conducta a sus reglas?. Y si después habita en medio de ellos muchos años, el filo cortante de la diferencia se gasta, y olvida por fin en dónde su fe termina y la suya comienza. ¿Puede todavía su propio pueblo decir que ha hecho mal, si a ningún hombre ha injuriado, y ha permanecido justo?.

No ataco yo ni a la ley ni al orden: no hablo de estas cosas con violento disgusto. En su lugar, son tan vitales y necesarias, como lo es el código que

rige en una colmena para la prosperidad de la misma. Lo que yo deseo indicar es que la ley y el orden en sí mismos, son completamente temporales y no satisfacen. Cuando el alma de un hombre abandona aquella habitación que por breve tiempo ha ocupado, no la acompañan pensamientos de ley y de orden. Si es fuerte, se convierte en poseedora del éxtasis de la verdadera existencia y de la vida real, como saben todos los que han velado junto al lecho de los moribundos. Si el alma es débil, se acobarda y debilita, vencida por el soplo primero de la vida nueva.

¿Hablo yo de un modo en exceso positivo?. Únicamente aquellos que en la vida activa del momento viven, que no han velado a muertos o a moribundos, que no han recorrido los campos de batalla y contemplado los semblantes de los hombres en su agonía postrera, lo dirán. El hombre fuerte, lleno de un gozo inmenso abandona su cuerpo.

¿Por qué?. Porque la duda ya no le detiene, ya no le hace temblar. En el momento misterioso de la muerte, le es concedida la libertad; y con súbito sentimiento de deleite la reconoce. Si antes hubiese tenido la seguridad de esto, hubiera sido un gran sabio, un hombre capaz de regir el mundo, porque hubiera tenido el poder de gobernarse a sí mismo, y a su propio cuerpo. La liberación de las cadenas de la vida ordinaria puede obtenerse tan fácilmente durante la vida como por la muerte. Únicamente se necesita una convicción profunda, lo suficiente para permitir al hombre el mirar su cuerpo, con la misma emoción con que miraría el cuerpo de otro hombre, o los cuerpos de un millar de hombres. Contemplando un campo de batalla, es imposible hacerse cargo de la agonía de cada uno de los que sufren. ¿Por qué entonces sentir nuestro dolor de un modo más agudo que el de otro?. Agrupad juntamente a la totalidad, y mirad allí, desde un punto de vista más ancho que el de la vida individual. El sufrimiento que en la actualidad vuestra herida física os causa, es una debilidad de vuestra limitación. El hombre desarrollado psíquicamente siente la herida de otro, de un modo tan agudo como la suya propia; y ni siquiera siente la suya, si es lo suficientemente fuerte para quererlo así. Todo el que ha examinado seriamente las condiciones psíquicas, sabe que éste es un hecho más o menos marcado en armonía con el desarrollo psíquico. En muchos casos siente el psíquico más aguda y egoístamente su propio dolor que el de cualquiera otra persona; pero esto sucede cuando el desarrollo, a pesar de lo lejos que haya ido, llega únicamente hasta un cierto punto. Este es el poder que conduce al hombre al borde de aquella conciencia que es profunda paz y

actividad vital. No puede llevarle más allá; pero si él ha llegado a sus orillas, se libra del dominio mezquino de su propio yo. Aquélla es la primera y grande liberación. Contéplense los sufrimientos que nuestras miserables y limitadas experiencias y simpatías nos causan. Cada uno de nosotros permanece completamente solo, una unidad solitaria, un pigmeo en el mundo. ¿Qué buena fortuna podemos esperar?. La gran vida del mundo vertiginosamente se mueve en el espacio, y a cada instante estamos en peligro de ser oprimidos, y hasta de ser por ella destruidos por completo. No existe defensa alguna contra la misma, ningún ejército oponérsele puede, porque en esta vida cada hombre está empeñado en su propio combate contra cada uno de los demás hombres, y ni dos pueden unirse bajo la misma bandera. Un solo medio existe para escapar de este peligro terrible, con el cual luchamos a todas horas. Volverse en redondo, y en lugar de resistirse a las fuerzas, unirse a ellas, unificarse con la Naturaleza, y andar fácilmente por el sedero. No sentir o resistir a las circunstancias de la vida, más de lo que sienten las plantas, la lluvia y el viento. Entonces súbitamente, y con asombro, os encontraréis que podéis economizar tiempo y fuerza, para emplearlos en la gran batalla que sin remedio todo hombre debe librar en sí mismo, la que le conduce a su propia conquista.

En cierto modo, podría decirse a su propia destrucción. ¿Y por qué?. Porque desde la hora en que por vez primera prueba la realidad espléndida de la vida, olvida más y más su propio individuo; ya no combate más por él, o excita su fuerza contra la fuerza de los demás. Ya no tiene más interés en defenderlo o en alimentarlo. Cuando permanece tan indiferente a su bienestar, el yo individual crece más fuerte y más robusto, a manera de las hierbas de las praderas y de los árboles de las selvas impenetrables. Es para él una cuestión de indiferencia el que esto sea así a no sea. Cínicamente si es así, tiene en su mano y dispuesto un magnífico instrumento. Y en proporción debida a lo completo de su indiferencia, es la fuerza y la belleza de su yo personal. Esto fácilmente se ve: un jardín de flores se convierte en una mera copia degenerada de sí mismo, si es sencillamente descuidado. Una planta debe ser cultivada hasta el grado más elevado, y corresponder por completo al saber del jardinero, o ser de otro modo, puramente salvaje, silvestre, y alimentada sólo por la tierra y el cielo. ¿Quién se interesa por algún estado intermedio?. ¿Qué valor o que fuerza existen en la descuidada rosa del jardín, que tiene la podredumbre en cada capullo?. Las flores enfermas o raquílicas se deben con toda seguridad a un cambio arbitrario de condiciones, causado por el descuido

del hombre que hasta entonces ha sido la providencia de la planta en su vida antinatural. Pero existen llanuras barridas por todos los vientos, en donde las margaritas crecen robustas, tales como ningún cultivo puede producirlas. Cultivad, pues, hasta el mayor extremo; no olvidéis ni una sola pulgada de vuestro jardín; no descuidéis ni a la menor de las plantas que en él mismo crecen; no tengáis pretensiones locas, ni imprudentemente os equivoquéis, imaginando que estáis dispuestos a olvidarlo, y exponiéndoos así a las terribles consecuencias de las medidas a medias. La planta que es regada un día y olvidada al siguiente, debe decaer o desmerecer. La planta que no espera más auxilio que el de la misma naturaleza, mide ante todo sus fuerzas y no muere y vuelve a ser creada, o llega a ser un grande árbol, cuyas ramas llena el espacio. Pero no equivocarse en manera alguna, como los religiosos y algunos filósofos, no descuidéis ninguna porción de vosotros mismos, mientras conozcáis que a vosotros mismos pertenece. Durante todo el tiempo que el terreno es del jardinero, su obligación es cuidarlo. Pues algún día será llamado desde algún otro país o por la muerte misma, y en un momento cesa de ser el jardinero, su ocupación ha terminado, sus deberes con respecto a aquél ya no existen. Entonces sus plantas favoritas sufren y mueren, y las delicadas se confunden con la tierra. Pero pronto, la naturaleza poderosa reclama el lugar para sí, y lo cubre de espeso césped o de hierbas gigantescas, o alimenta algún renuevo hasta que sus ramas sombrean la tierra. Vigilad y cuidad vuestro jardín con el mayor esmero posible, hasta que lo abandonéis por completo, y a la naturaleza vuelva, y se convierta en la llanura a todos vientos abierta, en donde las flores silvestres crecen. Si entonces cerca de él pasáis y lo contempláis, nada de lo que en él mismo haya sucedido podrá ni disgustaros ni engreiros. Porque entonces seréis capaces de decir: “Yo soy el terreno rocoso. Yo soy el árbol corpulento. Yo soy las silvestres margaritas”, las cuales es indiferente florezcan en donde una vez vuestro rosal creció. Pero debéis haber aprendido a estudiar las estrellas con algún objeto, antes de atreveros a descuidar vuestras rosas, y de omitir el llenar el aire con su cultivada fragancia; debéis conocer vuestro camino al través del aire en el cual huellas no existen y de allí al éter puro; debéis estar dispuestos a levantar la barra de la Puerta de Oro.

Cultivad, os digo, y no descuidéis nada. Recordad únicamente, que mientras cuidáis y regáis, estáis usurpando imprudentemente las atribuciones de la misma Naturaleza. Habiendo usurpado su obra, la debéis concluir por completo, hasta que hayáis alcanzado un punto en el cual no tenga ya ella

poder alguno para castigaron, en donde ya no os asuste, y desde el cual podáis con la frente alta devolverle lo que a ella le pertenece. La poderosa madre se ríe para sus adentros espiándoos, con sus ojos sonrientes y entreabiertos, pronta a reducir inflexiblemente a polvo vuestra obra entera, si para ello le dais motivo, si os emperezáis y vuestro descuido crece. El perezoso es el padre del loco, en el sentido mismo de que el niño es padre del hombre. La Naturaleza ha puesto sobre él su vasta mano, y ha arruinado por completo el edificio. El jardinero y sus rosales son igualmente destrozados y deshechos por la gran tempestad a la que su movimiento ha dado origen; desamparados permanecen hasta que la arena sobre ellos se amontona, quedando en triste soledad sepultados. De este lugar desierto la Naturaleza misma volverá a crear; y empleará las cenizas del hombre que se atrevió a resistirla, con tanta indiferencia como las marchitas hojas de sus plantas. Su cuerpo, su alma, y su espíritu, todos son igualmente reclamados por ella.

III

El hombre que es fuerte, que ha resuelto encontrar el sendero desconocido, da cada paso con el mayor cuidado. No pronuncia ninguna palabra inútil, no ejecuta ninguna acción inconsiderada, no descuida ningún deber u oficio por vulgar o difícil que sea. Pero al paso que sus ojos, sus manos y sus pies están desempeñando sus obligaciones, nuevos ojos, nuevos pies y nuevas manos están naciendo en su interior. Porque su deseo apasionado e incesante es lanzarse hacia aquel camino en el cual los órganos sutiles son los únicos que pueden guiarle. El ha aprendido y sabe cómo emplear el mundo físico; gradualmente su poder pasa más allá de aquél, y reconoce el mundo psíquico. Pero tiene que aprender a conocer este mundo y la manera de usarlo, y no se atreve a soltar la vida que es familiar para él, hasta que se ha afirmado en aquello que para él es desconocido. Cuando ha adquirido un poder tal con sus órganos psíquicos, del mismo modo que le sucede al niño con sus órganos físicos, cuando por vez primera abre sus pulmones, entonces ha sonado la hora para la gran aventura. ¡Cuán poco es lo que se necesita, y a pesar de todo cuánto no es necesario!. No necesita el hombre que el cuerpo psíquico esté en todas sus partes formado, como el de un niño; necesita sólo la convicción profunda e inquebrantable que al niño impele, de que la nueva vida es deseable. Una vez estas condiciones adquiridas, puede ya vivir en la nueva atmósfera, y dirigir sus ojos al nuevo sol. Pero entonces debe recordar el confortar su nueva experiencia por medio de la antigua. Respira todavía,

aunque de un modo diferente; introduce el aire en sus pulmones, y toma la vida del sol. Ha nacido en el mundo psíquico, y depende ahora del aire y de la luz psíquica. Su objetivo final no está aquí: esto es sólo una repetición sutil de la vida física que tiene que pasar por él en armonía con leves semejantes. Debe estudiar, aprender, crecer y conquistar: no olvidando jamás que su meta está en aquel lugar en donde ni el aire ni el sol ni la luna existen.

No hay que figurarse, por esto, que en la serie de su progreso, el hombre cambia o es movido de su sitio. Nada de esto sucede. La más fiel ilustración del proceso es aquella en la que se le compara al levantamiento de capas de corteza o de piel unas tras otras. Habiendo el hombre aprendido su lección completamente, abandona la vida contemplativa o vida de adoración.

Arrojadas todas por fin, entra en el gran templo, en el cual todo recuerdo del yo o de sensación es dejado al exterior, como los zapatos que el adorador se quita. Aquel templo es el lugar de su propia y pura divinidad, la llama central que aun oscurecida, le ha animado en medio de todas sus luchas. Y habiendo encontrado esta mansión sublime, está tan seguro como los cielos mismos. Permanece todavía lleno de todo conocimiento y poder. El hombre exterior, el adorador, el activo, la personificación viviente, sigue su camino mano a mano con la naturaleza, y da muestra de toda aquella fuerza soberbia de la naturaleza silvestre en la tierra, iluminado por aquel instinto que comprende al conocimiento. Porque en el más interno santuario, en el templo actual, ha encontrado el hombre la esencia sutil de la naturaleza misma. No puede ya por más tiempo existir diferencia alguna entre ellos, ni ninguna clase de medidas a medias. Llega ya la hora de la acción y del poder. En aquel santuario interno todo se encuentra, Dios y sus criaturas, los enemigos que de ellas hacen presa, todos aquellos de entre los hombres a quienes hemos amado, todos aquellos a quienes hemos aborrecido. Ya entre ellos no existe diferencia alguna. Entonces el alma del hombre se complace con su fuerza e intrepidez y se lanza en medio del mundo en donde su acción es necesaria y es causa de que esta acción se verifique sin aprensión, ni miedo, ni sobresalto, sin gozó, y sin sentimiento.

Este estado es posible al hombre mientras todavía vive físicamente, pues hombres lo han alcanzado durante su vida. Sus acciones en lo físico se relacionan únicamente con lo divino y lo verdadero.

La vida entre los objetos materiales debe para siempre ser una forma externa para el alma sublime; puede únicamente convertirse en la vida poderosa, en la vida en que los grandes resultados se obtienen cuando es animada por el coronado e indiferente dios que en el santuario reside.

La obtención de este estado es tan en alto grado deseable, porque desde el momento en que en él se ha entrado, no más turbación, no más ansiedad, no más duda o vacilación existen. Así como un gran artista pinta sin miedo alguno su cuadro sin cometer jamás ningún error que le disguste, del mismo modo se conduce con su vida el hombre que ha formado su yo interno.

Pero esto se refiere a cuando ya en esta condición se ha entrado. El mirar a las montañas hambrientos por saber, es el modo de entrar y el camino hacia la puerta. La puerta es aquella Puerta de Oro asegurada con una pesada barra de hierro. El camino hacia el umbral de la misma, ocasiona en el hombre la enfermedad y la indiferencia; no parece ningún sendero, parece interminable, bordea precipicios asquerosos, él mismo se pierde en medio de aguas profundas.

Una vez cruzadas, y encontrado el camino, maravilloso parece que la dificultad haya sido considerada tan grande. Porque el camino, cuando desaparece, sólo gira bruscamente sobre el borde del precipicio, conserva el ancho suficiente para el pie, y al través de las profundas aguas cuyo aspecto es tan traidor, existen siempre un vado y una barca. Así sucede en todas las profundas experiencias de la vida humana; cuando el primer pesar al corazón desgarrar, parece como si el sendero hubiese terminado y una confusa oscuridad ocupase el lugar de los cielos. Y a pesar de todo, buscando a tientas, el alma pasa, y queda vencida aquella dificultad, aquella vuelta del camino al parecer infranqueable.

Lo mismo sucede con muchas otras formas de la tortura humana. Algunas veces durante un largo período, o durante una vida entera, el camino de la existencia está perpetuamente embarazado por lo que al parecer son obstáculos insuperables; el dolor, la pena, el sufrimiento, la pérdida de todo cuanto se ama, o tiene valor, se levantan ante el alma aterrorizada y la rechazan a cada vuelta. ¿Quién colma allí semejantes obstáculos?. La razón se encoge ante lo pueril y mezquino de la pintura, que los religiosos ante la misma presentan. ¡El permiso que Dios concede al diablo para que atormente

a sus criaturas, para que alcancen la fidelidad postrera!. ¿Cuándo serví ésta obtenida?. La idea comprendida en lo anterior supone un fin, un objetivo. Allí ninguno existe. Cualquiera de nosotros puede con toda seguridad afirmar que todo lo lejos que la observación humana, la razón, el pensamiento, la inteligencia, o el instinto, pueden ir en lo que pueden conocer acerca del misterio de la vida, todos los datos obtenidos muestran que el sendero es interminable, y que la eternidad no puede ser aludida ni convertida por el alma perezosa en un millón de años.

En el hombre considerado individualmente, o como un todo, es evidente que una doble constitución existe. Hablo ahora en sentido general, sabiendo perfectamente que las distintas escuelas de filosofía lo dividen y subdividen de acuerdo con sus distintas teorías. Lo que quiero decir es que dos grandes corrientes de emoción circulan al través de su naturaleza, dos grandes fuerzas dirigen su vida: la una hace de él un animal, la otra le convierte en un dios. Ningún bruto de la tierra es tan brutal como el hombre que sujeta su poder divino al poder animal. Lo cual perfectamente se comprende, porque la fuerza total de la doble naturaleza es entonces lanzada en una dirección. El animal obedece pura y sencillamente a sus instintos, y lo único que desea es satisfacer su amor por el placer; muy poca atención concede a la existencia de otros seres, a no ser que para él sean motivo de placer o de dolor. Nada sabe respecto del amor abstracto de la crueldad, o de cualquiera de aquellas viciosas tendencias del ser humano que tienen en sí mismas su propia gratificación. Por esto el hombre que en una bestia se convierte, tiene un poder sobre la vida un millón de veces mayor que las bestias, y aquello que en el animal es una diversión lo suficientemente inocente no refrenada por una divisa moral arbitraria, se convierte para él en vicio, porque es gratificado en principio. Además lanza todos los poderes divinos de su ser en esta dirección y degrada su alma haciéndola esclava de sus sentidos. El dios deformado y disfrazado cuida del animal y le alimenta.

Considérese entonces si es posible cambiar la situación. El hombre mismo es rey del país en el cual se observa tan extraño espectáculo. Permite al animal usurpar el lugar del dios, porque por el momento el animal halaga más a su imaginación real y caprichosa. Esto no puede durar siempre; ¿Por qué consentir en que por más tiempo dure?. Durante todo el tiempo en que el animal domine, tendrán lugar los más agudos sufrimientos a consecuencia del cambio de la vibración entre el placer y el dolor, a causa del deseo por una

vida física placentera y prolongada. Y el dios en sus funciones de sirviente, concede a todo lo anterior una importancia mil veces más grande llenando la vida física en mucho mayor grado con los placeres más refinados, raros, voluptuosos, estéticos, y con una intensidad de sufrimiento tan apasionada, que no conoce uno en dónde el placer termina, y en dónde el dolor empieza. Durante todo el tiempo que el dios sirva, se enriquecerá la vida del animal, e irá siendo cada vez más valiosa. Pero que resuelva el rey cambiar la faz de su corte, y lanzar a la fuerza al animal del sillón del estado, restableciendo al dios en el lugar de la divinidad.

¡Ah!. ¡Qué profunda paz la que sobre el palacio desciende!. Todo, a la verdad, ha cambiado. Ya no existe allí la fiebre del personal anhelo o de los deseos; ya no hay allí nada que se rebele, ni miseria; la sed de placeres o el miedo del dolor ya no existen. No de otra manera una gran calma sobre el tempestuoso océano desciende; no de otra manera la lluvia suave del verano sobre la tierra abrasada se difunde; no de otra manera el profundo estanque en medio de los tristes y abrasados laberintos de la selva inhospitalaria, da la vida.

Pero más que todo esto hay todavía. No sólo es el hombre más que un animal porque en él el dios reside, sino que es más que un dios a causa de que en él el animal existe.

Una vez sujeto el animal en su lugar debido, en el inferior, os encontraréis en posesión de una gran fuerza hasta entonces ni sospechada ni conocida. El dios como siervo aumenta en un grado mil veces mayor los placeres del animal: el animal como siervo concede una fuerza mil veces mayor a los poderes del dios. Y de la unión, de la relación debida entre estas dos fuerzas en sí mismo, depende que el hombre se mantenga erguido a manera de un rey poderoso, y pueda alzar su mano y levantar la barra de la Puerta de Oro. Cuando estas fuerzas no guardan la proporción debida, entonces el rey es únicamente un voluptuoso coronado sin poder y cuya dignidad sólo causa risa, puesto que los animales no divinos, por lo menos conocen la paz y ni el vicio ni la desesperación les desgarran.

He aquí todo el secreto. Esa unión es la que hace al hombre fuerte, poderoso y capaz de coger con sus manos los cielos y la tierra. No se imagine que pueda fácilmente hacerse. No le engañe la idea de que el hombre virtuoso

o religioso lo logra. Nada de eso. Ellos no hacen más que fijar un lema, una rutina, una ley, con lo cual tienen al animal contenido; el dios es obligado a servirle hasta cierto punto, y así lo hace, complaciéndose con las creencias y adoradas fantasías de los religiosos con el elevado sentimiento del orgullo personal que hace las delicias de los virtuosos. Estos vicios especiales y canonizados, son cosas demasiado bajas y miserables para ser poseídas por el animal puro, cuyo único inspirador es la naturaleza misma, siempre fresca como la aurora. El dios, en el hombre degradado, es una cosa inexpresable en su infame poder de producción.

El animal en el hombre que se ha elevado, es una cosa inconcebible en cuanto a sus grandes poderes de servicio y de fuerza.

Olvidáis vosotros los que permitís que vuestro animal viva meramente sujeto y mantenido entre ciertos límites, que es una gran fuerza, una porción integral de la vida del mundo en el cual vivís. Gracias a él podréis mandar a los hombres e influir en el mundo mismo más o menos perceptiblemente según vuestra fuerza. El dios colocado en su lugar debido, inspirará y guiará a esta criatura extraordinaria, la educará y la desarrollará para ponerla en acción y obligarla a que reconozca su naturaleza, con lo cual temblaréis cuando os hayáis hecho cargo del poder que en vosotros ha despertado. El animal por sí mismo, será entonces un rey entre los animales del mundo.

Éste es el secreto de los magos del mundo antiguo, que obligaban a la naturaleza a servirles, y verificaban milagros todos los días para su conveniencia. Este es el secreto de la raza futura que Bulwer Lytton nos ha pronosticado.

Pero este poder únicamente puede obtenerse concediendo al dios la soberanía. No consintáis en que vuestro animal os gobierne, y de este modo jamás gobernará a otros.

EPILOGO

Oculto y escondida en el corazón del mundo y en el corazón del hombre, está la luz que puede iluminar toda vida, el futuro y el pasado. ¿No debemos acaso ir en su busca?. Seguramente algunos deben hacerlo. Y entonces quizás éstos añadirán lo que le falta a este pobre pensamiento fragmentario.

FIN

www.santimonia.com

Fuente de Alimento Espiritual

